

VIOLENCIA SEXUAL CONTRA LAS MUJERES EN CONTEXTOS DE CONFLICTOS ARMADOS

CAROLINA GONZÁLEZ RESTREPO

MONOGRAFÍA

PROFESOR RAFAEL TAMAYO

UNIVERSIDAD EAFIT

ESCUELA DE DERECHO

MEDELLÍN

2009

TABLA DE CONTENIDO

Pág.

CAPITULO I

LA VIOLENCIA SEXUAL CONTRA LAS MUJERES Y LAS PARTICULARIDADES QUE PRESENTA EN LA GUERRA

1.	La violencia sexual como violencia de género. Breve reseña	11
1.1.	La cultura de dominación del hombre y de subordinación de la mujer	12
1.2.	El concepto de violación y otras formas de violencia sexual	17
2.	La violencia sexual contra las mujeres en el contexto de las guerras	20
2.1.	Nociones Generales	20
2.1.1.	Reseña Histórica	21
2.1.2.	Violencia sexual en la guerra como atentado contra la dignidad humana	26
2.2.	Elementos peculiares de la violencia sexual en la guerra	28
2.2.1.	Violencia sexual con propósitos de satisfacción	30
2.2.2.	Violencia sexual para generar amedrentamiento del enemigo, y terror y desplazamientos de la población	32
2.2.3.	Violencia sexual como forma de disciplinar a la población dominada	34
2.2.4.	Violencia sexual como estrategia de inteligencia militar	35
2.2.5.	Violencia sexual como arma de guerra	36

CAPITULO II

EL TEMA DE LA VIOLENCIA SEXUAL EN EL DERECHO INTERNACIONAL Y LA INVISIBILIZACIÓN DE LA MUJER EN EL ÁMBITO JURÍDICO

1. Desarrollo normativo del tema de la violencia sexual con anterioridad a la década de 1990	42
1.1. Tribunales ad-hoc de Nuremberg y Tokio	42
1.2. Convenios y tratados de Derechos Humanos anteriores a la década de 1990	44
1.3. Tratamiento del Derecho Internacional Humanitario	48
1.3.1. Principios Generales	49
1.3.1.1. Principio de Distinción	49
1.3.1.2. Principio de Inmunidad de la Población	51
1.3.1.3. Interpretación de los principios a la luz del fenómeno de la violencia sexual en las guerras	51
1.3.2. Normatividad específica	53
1.3.2.1. Cláusulas no discriminatorias	54
1.3.2.2. Cláusulas consagratorias de un trato diferenciado	55
1.3.3. Alusión que hace el DIH al pudor y al honor de las mujeres	57

2.	Discriminación de la mujer extendida al ámbito jurídico	58
2.1.	Las experiencias de los hombres como referente principal de la construcción jurídica	60
2.2.	Exclusión de las mujeres del Derecho, por el dominio de las corrientes políticas realistas	61
2.3.	Otras consideraciones	62

CAPITULO III

REGULACIÓN ACTUAL DE LA VIOLENCIA SEXUAL EN CONTEXTOS DE CONFLICTO ARMADO

1.	Inclusión del tema de la violencia sexual en la agenda de los Derechos Humanos	66
1.1.	Tratados y convenios de derechos humanos	67
1.2.	Organizaciones	70
1.2.1.	Consejo de Seguridad de la ONU	70
1.2.2.	Comité Internacional de la Cruz Roja	72
2.	Tribunales Internacionales de la antigua Yugoslavia y Ruanda y la otra mirada de la sexualidad	74
2.1.	Consecuencias de que la violencia sexual no se haya considerado como crimen de guerra en los estatutos	76
2.1.1.	Interpretación legal sobre la materia	78

2.1.2. Jurisprudencia sobre la violencia sexual	80
2.2. Análisis de la violencia sexual sin una connotación sexual	84
3. El Estatuto de Roma y la Corte Penal Internacional	86
3.1. Regulación del Estatuto de Roma en la materia	86
3.1.1. El delito de genocidio y su relación con la violencia sexual	87
3.1.2. Otros actos que hacen parte de la violencia sexual	88
3.2. Los logros y falencias del Estatuto de Roma respecto del tema de la violencia sexual	91
Conclusiones	96

INTRODUCCIÓN

De forma desafortunada, es la población civil la que resulta mayormente afectada por las hostilidades que se desatan por los conflictos armados, ya sean estos de carácter internacional o interno. La población no combatiente resulta ser víctima de desplazamientos masivos, ataques armados, torturas, mutilaciones, reclutamientos, genocidio, etc.

Aunque esos ataques tienen como blanco a la población civil en general, es decir, tanto a hombres como a mujeres de todas las edades, hay agresiones muy concretas que tienen objetivos específicos. Entre ellas está la violencia sexual, que se perpetra casi siempre contra personas del género femenino, desde niñas, pasando por adolescentes, jóvenes y adultas, hasta llegar incluso a las ancianas.

La violencia sexual ejercida en contextos de conflicto armado, ha sido considerada por mucho tiempo como un efecto, que aunque indeseado, es inevitable en las guerras, por cuanto se la estima como el resultado de las conductas de combatientes indisciplinados, que se apropian del derecho de abusar y violar a las mujeres, y de saquear y emprender el pillaje en los lugares a los que llegan. Se ha comprendido a la violencia sexual como algo que poco o nada tiene que ver con las hostilidades propias de una guerra, ignorando que a lo largo de la historia, los cuerpos de las mujeres, a través de la violencia sexual ejercida en ellos, han servido como un instrumento eficaz de combate.

Esta concepción del fenómeno ha incidido en que por mucho tiempo el derecho internacional mantuviera una postura al margen sobre el mismo, para que guardara silencio, e invisibilizara a las mujeres y a la tragedia propia que ellas han padecido a lo largo de muchos conflictos armados. No fue sino en la década de 1990 cuando se empezó a dar un giro en la concepción que el derecho internacional de los derechos humanos y el derecho penal internacional tenían sobre la violencia sexual

A partir de toda esta problemática, del oscurantismo al que se ha visto sometida la violencia sexual en las guerras por parte del derecho internacional, pese a la evidencia de que millares de mujeres a lo largo y ancho del planeta la han padecido en contextos de guerras y conflictos armados, es que se emprende la realización de este trabajo, que busca dar un reconocimiento a un fenómeno trágico que apenas en años recientes ha obtenido la atención que desde hace mucho tiempo merecía.

Reconocer que las tragedias de violencia sexual en contextos de conflicto armado son tristemente frecuentes en los mismos, y que su surgimiento tiene una causa directa en el mismo conflicto y en la dinámica propia en la que se desarrollan las hostilidades, es avanzar en la solución del problema. El primer paso para la cura de un mal es identificar su existencia, y en este caso, reconocer que las conductas de violencia sexual en contextos de guerras tienen todo que ver con ellas, que no

están desligadas de las hostilidades, y que entonces, son las mujeres que padecen este fenómeno, víctimas de la guerra, y parte de uno de los frentes a los que se debe llevar asistencia para el logro de la paz.

Para cumplir el propósito de dar un mejor reconocimiento al fenómeno de la violencia sexual en las guerras, se comenzará, en el primer capítulo, a hacer una relación entre la cultura patriarcal y machista que domina en nuestras sociedades, con la discriminación y la violencia que padecen las mujeres. Luego se hará una aproximación al fenómeno de la violencia sexual en general, para después enfocarnos en la violencia sexual en el ámbito de los conflictos armados, y así intentar comprender cuales son sus peculiaridades en relación con aquella.

Como segunda cuestión, se tendrá la de hacer un recorrido normativo, en el que se muestre cómo el fenómeno de la violencia sexual permaneció ajeno a la regulación internacional, incluyendo en ella la regulación de los derechos humanos, la regulación penal internacional, y el Derecho Internacional Humanitario. Partiendo de esta ilustración, se pretende analizar cuál ha sido la importancia que los temas de la mujer han tenido en el ámbito internacional, y si es posible afirmar si el mismo esquema de dominación masculina, implantado por la cultura patriarcal y machista, permea también el ámbito del derecho.

Y finalmente, se intentará mostrar el estado actual en el que se encuentra el tema de la regulación sobre el fenómeno de la violencia sexual, para determinar si al respecto se han logrado avances.

Capítulo I

LA VIOLENCIA SEXUAL CONTRA LAS MUJERES Y LAS PARTICULARIDADES QUE PRESENTA EN LA GUERRA

La violencia sexual es una tragedia que afecta a las mujeres no solo en tiempos de paz o ausencia de guerra. La violencia sexual es una forma de dominación masculina, que también tiene lugar en las guerras, y que se presenta con propósitos muy concretos relacionados con ellas.

En este apartado lo que se pretende inicialmente es explicar cómo la violencia en general, perpetrada contra las mujeres en tiempo de paz o de guerra, tiene sus causas en la cultura patriarcal que impera en nuestras sociedades, en donde el esquema que guía el orden social y político es el de la dominación del hombre hacia a la mujer. Luego de esta breve alusión, se busca hacer una mención del fenómeno de la violencia sexual, aproximándonos a él a partir de la comprensión que ha tenido el derecho penal, para descubrir cual ha sido la descripción de las conductas sexuales que han merecido su reproche, y cual ha sido el entendimiento del bien jurídico que se entiende afectado por ellas.

A partir de este acercamiento jurídico a las conductas de violencia sexual en tiempo de paz, se intentará empezar a hacer una incursión en el tema de la violencia sexual circunscrita a los contextos de las guerras, dejando claro inicialmente como esta no ha sido una conducta ajena a ellas a lo largo de la historia reciente, como tiene unas manifestaciones diversas y unos propósitos que se definen a partir del tipo de conflicto armado en la que tiene lugar, y como el bien jurídico que se aprecia afectado con la violencia sexual en tiempo de paz, varía en los contextos de la guerra, en función de las peculiaridades que ella misma le imprime al fenómeno.

1. La violencia sexual como violencia de género. Breve reseña

La discriminación y la desigualdad que sufren las mujeres en tiempo de paz, entendido este como tiempo en el que hay una ausencia de guerra, se transforma en una violencia aguda contra ellas en tiempo de conflicto armado. El trato diferenciado del que han sido objeto las mujeres, las ha hecho un grupo vulnerable de la población, no solo en tiempos de paz, sino también en contextos de guerra, en donde la discriminación ejercida hacia ellas se radicaliza y toma la forma de violencia sexual.

En la guerra, los daños que padecen las mujeres no solo se circunscriben a aquellos que sufren por formar parte de la población civil en general, sino que ellas se convierten en víctimas exclusivas de agresiones específicas. Esta exclusividad en la victimización y esa especificidad en las agresiones llevan a pensar que la violencia sexual en contextos de guerras, sea una violencia de género.

La cuestión a tratar a continuación es la relación que existe entre la cultura machista y patriarcal que ha guiado los esquemas y las formas de relacionarnos en las sociedades occidentales, con la discriminación y el ejercicio de cualquier forma de violencia contra la mujer.

1.1. La cultura de dominación del hombre y de subordinación de la mujer.

El trato diferenciado hacia la mujer es un fenómeno de tan antiguos orígenes que ha logrado instalarse en nuestro imaginario, que ha afectado nuestra forma de concebir los roles de mujer y de hombre, que se ha apropiado de nuestras costumbres, de la forma como nos relacionamos, y que ha llevado finalmente a configurar nuestra propia cultura, caracterizándola como una cultura machista y patriarcal.

La subvaloración que se ha hecho de la mujer en relación al hombre, ha creado concepciones inamovibles de las posiciones y los roles que ambos deben asumir. Estas concepciones de los roles masculinos y femeninos han permeado todos los espacios y ámbitos sociales, desde el familiar, pasando por el académico, el

laboral, el sexual, hasta los ámbitos políticos y de ejercicio de poder. Es por ello que podemos ver cómo en muchas sociedades las mujeres no alcanzan a ser ciudadanas, y en las que éstas son de derecho ciudadanas, de hecho alcanzan a ser simplemente ciudadanas de “segunda categoría”, al estar sujetas a la discriminación y al trato desigual en razón del género. Cómo en el campo laboral, por ejemplo, las mujeres con frecuencia reciben una menor remuneración de su trabajo, así desempeñen las mismas funciones que un varón. Cómo son mayoritariamente los hombres los que acceden a las posiciones de poder dentro de la sociedad y la política, pues a las mujeres se las ha caracterizado como incapaces (entendiendo el término incapaz, en sentido general, no en su sentido jurídico), como inferiores y no habilitadas intelectualmente para asumir la dirección de nada que no sea el hogar; por ello se las ha relegado a asumir solo las tareas de la casa, y se las excluye de las posibilidades de educarse. Cómo en muchas sociedades a las mujeres no se les reconoce la capacidad de tomar sus propias decisiones, por eso a muchas se les impone la decisión de casarse, y como si eso no fuera suficiente, también se les elige cuál será su marido. Cómo, también en materia sexual se extiende la discriminación hacia las mujeres, cuando en algunas sociedades se les niega el disfrute sexual de por vida, con la ablación del clítoris, y ello, bajo argumentos diversos, que en todo caso resultan estar fundamentados en la dominación masculina y en la inferioridad femenina¹.

¹ En algunas tribus africanas la ablación es un ritual de inclusión social, consistente en que luego de ser mutiladas, las mujeres ya hacen parte de la comunidad como adultas. Sin la ablación del clítoris, la mujer es tenida como impura, y como inaceptable para casarse. La discriminación está en que

El origen de este esquema cultural de sumisión femenina es antiguo, tan antiguo como la misma humanidad. Desde siempre los hombres han asumido roles muy concretos que los ubica en posiciones de fuerza, de poder y de superioridad, mientras que las mujeres han quedado relegadas a asumir roles que las ubican como débiles, sumisas y dependientes de los hombres. En épocas de la ilustración se empezaron a imponer elaboradas teorías acerca de la naturaleza de la mujer, en las que se sostenía que era ella un ser intermedio entre el animal y el hombre, que carecía de la racionalidad superior con la que sí contaba el hombre, por lo que debía ser excluida de cualquier actividad científica, y lo que es peor, de orientar su propio comportamiento, en tanto carecía también de la capacidad del discernimiento moral. En esta época se intentó justificar teóricamente el porqué la mujer debía ser vista como inferior, porqué debía tratarse como incapaz de guiar su propia vida y de ser un sujeto moral activo, y por qué debía permanecer bajo la observancia y dependencia del varón, el ente moral por excelencia: “La mujer tendría la peculiaridad, como ser intermedio entre el animal y el ente moral (el varón), de poder ser socializada, pero siempre que se la tuviera sometida a tutores

se debe anular la naturaleza femenina, mutilando los órganos de su cuerpo que se aprecian como impuros, para que estas, a los ojos de los hombres, sean apreciadas como dignas y aptas para casarse. Igualmente se practica la ablación del clítoris con la creencia de que así las mujeres se mantendrán vírgenes y podrá ser así controlada su sexualidad.

y recluida en la vida privada. Por eso su educación habría de ir encaminada a la sumisión y a la obediencia”².

Esa definición que desde tiempos atrás se ha hecho de la mujer, que la ha caracterizado como un ser incapaz, débil, que debe estar supervisada y cuidada por el hombre; y la consiguiente asignación de roles diversos, que van de acuerdo a esas peculiares características arbitrariamente asignadas a la mujer, han propiciado la jerarquización de los géneros dentro de la sociedad, resultando de ahí que los hombres ocupen una posición superior, y la mujer, por supuesto, un lugar inferior. Esa caracterización de las mujeres, y esa jerarquización que las llevó a estar situadas en una posición inferior a la de los hombres, ha servido como fuente de la violencia que se ha ejercido hacia ellas: “Su origen (el de la violencia contra las mujeres) está en los pilares más profundos de nuestra cultura. Una cultura sexista configurada por y para el varón, en la cual perviven los mitos que sustentan la primacía del hombre sobre la mujer”³.

Resulta así que la violencia que sufren las mujeres se produce por el simple hecho de que son mujeres, y esto es lo que se denomina como violencia de

² C. CINTA: “*Mujer y derechos humanos: Universalismo y violencia simbólica de género*”, en *Discursos, realidades, utopías: la construcción del sujeto femenino en los XIX-XX*, Barcelona, 2002, p. 20.

³ T. ALARCÓN: “*El origen ideológico y cultural de la violencia de género*”, en *Revista Papeles*, núm. 73, Madrid, 2001, p. 91.

género, entendiendo por género toda la carga cultural que perfila las categorías hombre y mujer, y los lleva a socializarse de una determinada manera⁴.

Esa violencia de género, así como la discriminación y la asignación de roles a la mujer, que como vimos les sirve de origen a aquella, también permea todos los espacios y todos los contextos, desde el familiar, pasando por el académico, el laboral, el sexual, el de las relaciones interpersonales en general, hasta el político, incluyendo, finalmente, el de las guerras.

En el ámbito de los conflictos armados persisten las ideas de dominación masculina que han estado “instaladas” desde siempre en el imaginario colectivo de nuestra cultura; por ello las guerras no son espacios ni momentos excepcionales en donde no se presenten brotes de violencia contra las mujeres, sino que en las contiendas armadas las agresiones contra ellas también tienen lugar, especialmente como actos de violencia sexual.

La violencia de género, como manifestación de la idea de dominación masculina y sumisión femenina, también se hace presente en las guerras, generando una victimización específica de las mujeres y las niñas. Las mujeres, por el hecho de serlo, se ven especialmente afectadas por las guerras de una forma que los

⁴ El género recoge el mito cultural, la tradición y una cerrada ideología que otorga a la mujer un perfil de fragilidad extrema, poca inteligencia y todo tipo de incapacidades. Por otro lado, la distinción basada en el sexo hace hincapié en las diferencias biológicas. *Ibíd.* p. 92.

varones casi nunca padecen, y esa especial afectación es algo que se debe analizar a la luz de los roles de supremacía masculina e inferioridad femenina, en tanto la raíz primera de esa violencia contra las mujeres está en la visión diferenciada que desde siempre se ha tenido del hombre y la mujer, que propicia un trato discriminatorio, desencadenante de conductas violentas, que como ya se ha dicho, incluyen actos de violencia sexual. Descriptivamente, se debe entender que en los contextos de guerras las mujeres son víctimas de violencia sexual, debido a que ya desde tiempos de paz se ha establecido frente a ellas la idea de dominación que sobre ellas los hombres pueden ejercer.

1.2. El concepto de violación y otras formas de violencia sexual.

Luego de intentar relacionar la violencia sexual con el esquema cultural de superioridad masculina y de inferioridad femenina, es pertinente hacer una referencia a la conceptualización que desde de la doctrina penal se ha hecho de los diversos actos de violencia sexual, para tener una mejor comprensión del tema de este trabajo, y para, a partir de ese acercamiento, llegar al tema de la violencia sexual circunscrita a los conflictos armados.

En tiempo de paz, ha sido el derecho penal el que se ha ocupado de regular las conductas de violencia sexual, el que las ha definido, y el que ha establecido cual es el bien jurídico que se ve afectado por ellas.

La conducta tipificada como el delito de violación ha sido definida como el acceso carnal, heterosexual u homosexual, a otra persona en contra de su voluntad, entendiéndose por acceso carnal la penetración del pene, sea por vía vaginal, anal o bucal⁵. El bien jurídico protegido con la tipificación de esta conducta es el de la libertad sexual, al tomar en cuenta que lo que se está violentando es la posibilidad de elección de la víctima de tener o no relaciones sexuales. De igual forma ese mismo análisis se ha hecho desde la doctrina, para la violación de persona en edad entre los 12 y los 18 años⁶.

Respecto del delito de violación a persona menor de 12 años, el Derecho Penal entiende que el bien jurídico protegido es la seguridad como presupuesto de la capacidad de actuación del menor en el ámbito sexual, entendiéndose que lo que se busca proteger es “el *libre desarrollo* sexual del menor en relación a los mayores, dadas las interferencias que puede sufrir por parte de éstos en cuanto a la estimación de la significación de sus actos”⁷.

La tipificación del delito de agresiones sexuales también busca proteger el bien jurídico de la libertad sexual, y en caso de menor de 12 años, la libertad sexual en relación a su desarrollo sexual. En cuanto a su tipicidad, la diferencia con la violación está sólo en la entidad de la agresión, pues en este tipo se incluye la

⁵ Ello implica que no sea posible el acceso carnal como una actividad homosexual entre mujeres.

⁶ J. BUSTOS RAMÍREZ: “Manual de Derecho Penal. Parte Especial”, Barcelona, 1991, p. 120.

⁷ *Ibíd.*, p. 118. (Cursivas dentro del texto).

realización de cualquier actividad sexual que no esté comprendida en la violación y que sea contra la voluntad del otro. Se trata de actuar en contra de la voluntad de la víctima en el ámbito de su libertad sexual, realizando acciones que no están comprendidas en el acceso carnal, es decir, que no sea la penetración del pene en vagina, ano o boca.

En el delito de corrupción de menores y de prostitución forzada, el bien jurídico a proteger es la libertad sexual, tanto desde la perspectiva del desarrollo y formación sexual del menor, como del abuso que otra persona ejerce sobre la libertad sexual del otro que es forzado al ejercicio de la prostitución.

En tiempo de paz, es claro que lo que busca proteger el Derecho con la consagración de estos tipos penales es la libertad sexual de las personas, entendiéndose esta como la posibilidad de escoger libremente el llevar a cabo o no una relación sexual, u otros actos sexuales. Tal y como lo explica Juan Bustos Ramírez, “La violación es punible no por la actividad sexual en sí, sino porque tal actividad sexual se lleva a cabo sobre la base del *abuso* de la libertad sexual de otro”⁸. Lo que pretende castigar el Derecho Penal con la ocurrencia de una violación, de un abuso sexual, o de la prostitución forzada, no es la ocurrencia de la relación sexual, pues es claro que el bien jurídico a proteger no es el pudor, ni mucho menos alguna concepción moralista que entienda como moralmente

⁸ *Ibíd.*, p. 114. (Cursivas en el texto).

incorrecto tener relaciones sexuales, sino que lo que se castiga con este delito es el uso de la fuerza, la intimidación o el prevalerse de determinadas circunstancias en las que se encuentra el otro sujeto, y lograr en contra de su voluntad el despliegue de la conducta sexual.

2. La violencia sexual contra las mujeres en el contexto de la guerra

Vimos que en tiempo de paz, el derecho penal ha tipificado algunas conductas de violencia sexual, con el propósito de proteger el bien jurídico de la libertad sexual. Pero esos actos de violencia sexual no ocurren de forma exclusiva en tiempo de paz, o ausencia de guerra. Los conflictos armados son escenarios frecuentes de escabrosos actos de violencia sexual, que se generan casi siempre por la misma dinámica en la que aquellos se desarrollan, y por causas estrechamente relacionadas al conflicto armado.

2.1. *Nociones Generales*

En este apartado se pretende mostrar a partir de referencias históricas, cómo la violencia sexual no ha sido un fenómeno ajeno a los conflictos, sino que por el contrario ha sido una práctica frecuente, si se quiere constante de casi todos los conflictos recientes. Seguidamente, se intentará plantear cómo la violencia sexual

en la guerra, debido a las particularidades que presenta, atenta contra algo más que el bien jurídico de la libertad sexual de las mujeres.

2.1.1. Reseña Histórica

En contextos de guerra, la victimización por violencia sexual no se genera solamente por las conductas que el derecho penal comúnmente tipifica en tiempo de paz, es decir, por violación, abusos sexuales o prostitución forzada; sino que las mujeres y niñas que padecen violencia sexual en los conflictos armados, son víctimas de violaciones, de abusos sexuales, de esclavitud sexual, de prostitución forzada, de esterilización forzada, de abortos y embarazos forzados, y de mutilaciones. Estas acciones se han perpetrado en múltiples conflictos, desde la Segunda Guerra Mundial, pasando por los conflictos de Bangladesh, de Vietnam, por la Guerra del Golfo Pérsico, por los conflictos de la ex Yugoslavia y Ruanda, del Congo, por el conflicto colombiano, y de otros países latinoamericanos como Guatemala.

En la Segunda Guerra Mundial los actos de violencia sexual fueron especialmente brutales. Como triste paradigma de este fenómeno se encuentra el caso de las *Comfort Stations*, centros de reclutamiento de mujeres entre los 11 y los 20 años, que fueron esclavizadas para servir a los deseos sexuales de las tropas del ejército japonés. Estas mujeres, que fueron aproximadamente 200.000, han sido llamadas *Comfort Women* y provenían casi todas de diversos países asiáticos

como Corea, China, Indonesia, Filipinas, entre otros países. Las *Comfort Women* eran llevadas a estos centros, las esclavizaban y las forzaban a tener relaciones sexuales con los miembros del ejército japonés. Eran sometidas además a condiciones de extrema pobreza y a serios abusos físicos, resultando que la mayoría de ellas no sobrevivieron a estos campos de violación. La instrumentalización de estas mujeres fue evidente, más porque se han dado a conocer los propósitos claros por los que estos campos de violaciones fueron instituidos: para estabilizar el estado psicológico de los soldados, para protegerlos de contraer enfermedades venéreas si estos abusaban de otras mujeres civiles o de prostitutas, y además, para impedir el espionaje, el saqueo y la violación por parte de los soldados japoneses durante los ataques militares a las ciudades⁹. Lo que realmente ha llamado la atención es que a pesar de que estas *Comfort Stations* fueron patrocinadas por el ejército japonés, siendo en algunos casos administradas por esa institución, muchas personas, incluso miembros del gobierno japonés, han insistido en que estos centros masivos de violación estaban conformados, no por mujeres esclavizadas, sino por prostitutas de oficio¹⁰. Sin embargo, las evidencias han demostrado lo contrario, pues afortunadamente se ha podido contar con testimonios de algunas de ellas que lograron sobrevivir, además de que se tienen documentados contactos que las tropas aliadas tuvieron con

⁹ MJ. MOREYRA: "*Conflictos armados y violencia sexual contra las mujeres*". Buenos Aires, 2007, p. 13.

¹⁰ Como ejemplo de esto, está la ex ministra de educación del Partido Democrático Liberal, quien en julio de 1997 manifestó que las mujeres coreanas y otras esclavas sexuales asiáticas fueron prostitutas que buscaban dinero. *Ibíd.*, p. 13.

algunas de estas mujeres, y de las capturas que las tropas estadounidenses realizaron de algunas *Comfort Women* en campos de batalla, como los de Burma y Okinawa¹¹.

Así mismo, las tropas del ejército estadounidense también organizaron centros de prostitución forzada, que se asemejaban a las *Comfort Stations*; reclutando mujeres para luego explotarlas sexualmente, con el propósito también de evitar violaciones indiscriminadas de los soldados a los miembros de la sociedad civil, y evitar contagios de enfermedades¹². Por otro lado, en 1943, soldados marroquíes que servían al ejército francés, abusaron y cometieron múltiples violaciones a las mujeres habitantes del territorio italiano ocupado¹³; y por su parte, los soldados del Ejército Rojo, al ir avanzando en territorio alemán, iban violando a las mujeres alemanas como represalia por las violaciones que los soldados alemanes habían perpetrado en los cuerpos de las mujeres rusas¹⁴.

Ya en el año del fin de la guerra, tuvieron lugar en Berlín múltiples actos de abusos sexuales y violaciones masivas. Aunque las opiniones sobre las cifras de mujeres violadas y abusadas están divididas, ambas cifras resultan ser

¹¹ *Ibíd.*, p. 14.

¹² *Ibíd.*

¹³ *Ibíd.*, p. 10.

¹⁴ *Ibíd.*

impresionantes: algunos estiman que fueron 120.000 mujeres violadas y agredidas sexualmente, otros calculan esta cifra en 900.000¹⁵.

Es igualmente paradigmático el caso de la “Violación de Nanking”. En el año de 1937, tras la ocupación por el ejército japonés de la ciudad china de Nanking, fueron violadas y agredidas sexualmente más de 20.000 mujeres en el primer mes de la ocupación. Se ha establecido que las mujeres eran asesinadas luego de ser violadas, incluso por medio de la mutilación de sus órganos genitales y de sus senos; mientras que muchas otras fueron esclavizadas y forzadas a la prostitución¹⁶.

Igualmente, en conflictos posteriores se tiene también establecido que los ejércitos enfrentados abusaban y violaban a las mujeres. En el año de 1971, durante el conflicto de Bangladesh, en el que se enfrentaron Pakistán y la India, 200.000 mujeres fueron violadas y abusadas¹⁷. En la Guerra de Vietnam los soldados estadounidenses violaban en forma indiscriminada a las mujeres vietnamitas, considerando que esa era una forma de humillar a los hombres¹⁸. De la misma forma, a principios de la década de 1990, en el conflicto del Golfo Pérsico, la violencia sexual hizo parte de las hostilidades, habiéndose comprobado las

¹⁵ *Ibíd.* p.11.

¹⁶ *Ibíd.* p.10.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 11

¹⁸ AMNISTÍA INTERNACIONAL: “*Vidas Rotas. Crímenes contra mujeres en situaciones de conflicto. No más violencia contra las mujeres*”, 2004, p. 15.

frecuentes violaciones que soldados iraquíes perpetraban a las mujeres de Kuwait, resultando que al menos 5000 mujeres fueron víctimas de violencia sexual¹⁹. Ya en los conflictos de Bosnia Herzegovina y del país africano de Ruanda, desatados también a principios de la década de 1990, las violaciones y los actos de violencia sexual sirvieron a los propósitos genocidas de estos conflictos, siendo particularmente claro cómo la violencia sexual sistemática sirvió como arma de guerra. Igualmente, en el conflicto que ha tenido lugar en la República Democrática del Congo, la violencia sexual ha servido de arma de guerra a todos los grupos enfrentados, resultando así que un gran número de mujeres y niñas²⁰ hayan sido abusadas y violadas de forma brutal, a lo largo del conflicto. El carácter endémico de estas violaciones ha causado en las mujeres víctimas del conflicto del Congo, aparte de los traumas físicos y psicológicos, un grave aumento de las enfermedades de transmisión sexual, entre ellas el VIH-SIDA²¹.

Finalmente, los conflictos que han tenido lugar en Latinoamérica no son una excepción: en el conflicto prolongado que ha padecido Colombia, la violencia sexual también ha hecho parte de las hostilidades, siendo las mujeres cosificadas para debilitar al enemigo, para generar terror en las poblaciones y de esta forma forzar desplazamientos masivos, y lograr así el avance y el dominio territorial por

¹⁹ MJ. MOREYRA, *Op. cit.*, p. 53

²⁰ El 34% de las mujeres víctimas de violencia sexual atendidas por los servicios de apoyo, son niñas. Unicef, “Poner fin a la violencia sexual en República Democrática de Congo”, pagina web Unicef, (en línea), disponible en www.unicef.es/contenidos/946/index.htm?idtemplate=1, consulta: 20 de octubre de 2009.

²¹ *Ibid.*

parte de los grupos enfrentados. Así mismo, en el conflicto interno de Guatemala también las hostilidades han incluido la violencia sexual contra las mujeres, y como evidencia de ello está la documentación de casos de soldados miembros del ejército oficial, que sometían a brutales actos de violencia sexual a las mujeres, sobretodo a aquellas que se presumía estaban esperando hijos de los guerrilleros²².

2.1.2. Violencia sexual en la guerra como atentado contra la dignidad humana.

En tiempo de paz, la violencia sexual atenta contra el bien jurídico de la libertad sexual. Pero a partir de la observación de diversos conflictos armados, de las circunstancias en las que la violencia sexual se lleva a cabo en los mismos, y de las peculiaridades que presenta en el ámbito de la guerra, se podría concluir que el bien jurídico afectado por los actos de violencia sexual llevados a cabo en la guerra, no se reduce al de la libertad sexual, sino que trasciende al de la dignidad de la persona.

Más adelante el lector podrá apreciar cómo en las distintas formas en las que se llevan a cabo los actos de violencia sexual en los conflictos armados, las mujeres son cosificadas, instrumentalizadas, y usadas como medio para la consecución de fines concretos. Por ahora basta hacer esa afirmación, para sostener que más que

²² AMNISTÍA INTERNACIONAL, *Op., cit.*, p.13

la libertad sexual, el bien jurídico afectado por la violencia sexual en contextos de conflictos armados, es el de la dignidad humana.

El principio de la dignidad humana establece que los seres humanos no pueden ser instrumentalizados para el logro de ningún fin, por más loable que este sea. Los seres humanos no somos susceptibles de ser estimados en términos cuantitativos, por ello sobre ninguno pueden ser calculadas las utilidades que con su instrumentalización se puedan lograr, en tanto todos por el hecho de ser seres humanos gozamos de la misma dignidad, que, en un plano ontológico nos ubica como fines en si mismos. Ningún ser humano puede ser estimado en menor valía que otro, para así ser objeto de una instrumentalización, pues todos los seres humanos poseemos una dignidad inherente a la calidad de ser humano, que impide esa calificación en términos cuantitativos.

A partir de la evaluación que en párrafos posteriores se hace de los propósitos a los que sirve la violencia sexual perpetrada contra las mujeres y las niñas en contextos de guerra, se evidencia que en casi todos, menos en las hipótesis en las que los actos de violencia sexual sirven a la satisfacción sexual de los combatientes, los cuerpos de las mujeres son utilizados como instrumento para la consecución de un fin determinado. Cuando a través de ellas se busca la aniquilación de un grupo étnico, racial o religioso; cuando se busca generar terror en la población a través de violaciones masivas y demás actos de violencia sexual; cuando se quiere debilitar el enemigo por medio de las agresiones

sexuales perpetradas a sus mujeres; cuando se busca el avance territorial y el desplazamiento forzado de la población con la perpetración de ataques sexuales; cuando se quiere acceder a información violando y torturando a las mujeres y a las niñas, se debe entender, sin lugar a dudas, que ellas están sirviendo como un medio para lograr un propósito en la guerra, y ello, de acuerdo al planteamiento anterior, atenta abiertamente contra la dignidad con la que las mujeres cuentan por el solo hecho de ser seres humanos.

La violencia sexual en las guerras, más que violentar la libertad sexual de las mujeres y de las niñas, violenta es la dignidad inherente a ellas por ser parte del género humano; dignidad que implica un trato de respeto absoluto, que incluye obviamente la no utilización de las personas como un medio o instrumento, para el logro de un propósito.

2.2. *Elementos peculiares de la violencia sexual en la guerra.*

En los contextos de conflictos armados, la violencia sexual se despliega con algunas particularidades imprimidas por la misma dinámica de la guerra. Como se planteaba anteriormente, los actos de violencia sexual que se llevan a cabo en la guerra se presentan con una mayor variedad, por lo que la lista de delitos sexuales que el derecho penal ha definido y tipificado en tiempo de paz, se queda corta cuando el análisis se sitúa en el ámbito de un conflicto armado. En la guerra

se presentan diversidad de actos de violencia sexual, que incluyen actos de violación, de prostitución forzada, de esclavitud sexual, de esterilización y abortos forzados, y de mutilaciones. Esta multiplicidad de actos de violencia sexual se explica también por el tipo de conflicto armado que se está llevando a cabo, por las causas que lo iniciaron, por los propósitos que con él se persiguen, y por la dinámica en la que se van llevando a cabo las hostilidades dentro del conflicto.

En tiempos de paz, la violencia sexual se presenta casi siempre por el deseo de la obtención deliberada del placer sexual en los cuerpos de mujeres y niños, y es por ello que el bien jurídico protegido es el de la libertad sexual, en tanto lo que se está vulnerando con esa conducta sexual no consentida es la voluntad de la víctima, la posibilidad que ella tiene de elegir o no el llevar a cabo esa conducta sexual en tanto le proporcionará o no placer. Ya en el ámbito de las guerras no es posible sostener que la violencia sexual tenga una única motivación, pues a partir de la observación de distintos conflictos en los que se ha presentado este fenómeno, se puede concluir que ésta se lleva a cabo para la consecución de diversos fines.

A continuación se intentará hacer un listado de propósitos con los cuales se realizan actos de violencia sexual en las guerras, que ilustran, en primer lugar, cómo la dinámica de cada conflicto armado determina cuales prácticas de violencia sexual se llevarán a cabo en el mismo; y en segundo lugar, cómo las mujeres son instrumentalizadas para la consecución de un fin determinado, lo que

precisamente nos llevó a concluir en el apartado anterior, que la perpetración de actos de violencia sexual en las guerras afecta no solo la libertad sexual de las mujeres, sino también su dignidad.

2.2.1. La violencia sexual en las guerras con los propósitos de satisfacción.

Claramente, las violaciones y demás abusos sexuales que se perpetran en la guerra, tienen muchas veces el propósito primario de obtener la satisfacción sexual a través de los cuerpos de las mujeres y las niñas. El fin de lograr placer sexual forzando a las mujeres a tener relaciones sexuales, no es ajeno a las guerras, pues como se anunciaba en la primera parte de este capítulo, en los contextos de conflictos armados se extiende el esquema de dominación masculina, que también determina el porqué ellos se asumen con el derecho de apropiarse de los cuerpos femeninos y obtener a través de ellos un placer del que se han privado por los azares de la guerra.

En primer lugar, es pertinente hacer una anotación respecto de algo que Herfried Munkler explica en su texto “Viejas y Nuevas Guerras”, y es el fenómeno de la fuerte resexualización de la violencia en los conflictos contemporáneos. Este autor sostiene que los soldados en las nuevas guerras profesan un inmenso desprecio por el derecho de la guerra y por cualquier otro código militar, por ello actúan desenfrenadamente, de forma arbitraria, y sin consideraciones de humanidad²³.

²³ H. MUNKLER: “*Viejas y nuevas guerras: Asimetría y privatización de la violencia*”. España, 2005, p. 20.

Aunado a este desprecio por la normatividad, está el deseo de satisfacer las necesidades sexuales, que como también lo explica Munkler, es muy común en conflictos contemporáneos donde los ejércitos están conformados por adolescentes y jóvenes,²⁴ que embriagados por fantasías de omnipotencia que les da el empuñar un arma y hacer parte de un combate, dan rienda suelta, mediante la violación indiscriminada y la violencia sexual en general, a la satisfacción de sus deseos sexuales.

La violencia sexual con el fin de obtener satisfacción y placer, ha sido frecuente en el conflicto interno colombiano, en donde las mujeres son secuestradas o retenidas por tiempo prolongado, o son sujetos de requisas abusivas para luego ser sometidas a violencia sexual, solo con el propósito de la obtención del placer sexual por parte de los miembros los grupos armados, y con el posterior riesgo que se genera para ellas, de ser víctimas de represalias por parte de los miembros del bando enemigo²⁵. De los múltiples casos de violación que se reportan en el conflicto interno colombiano, hay un testimonio de una mujer abusada que da cuenta de los propósitos de satisfacción sexual con los que se llevan a cabo algunas violaciones, y en el que se ve palpable la concepción de dominación masculina y sumisión femenina:

²⁴ Explica Munkler que en la contemporaneidad, uno de los principales motores que impulsa las guerras es el resultado de la combinación del desempleo estructural con una desproporcionada participación de los jóvenes en la población total, quedando estos excluidos de la economía de paz, y viendose forzados a acudir a las armas, pues no hay más alternativas. *Ibíd.*, p. 25.

²⁵ Colombia, Corte Constitucional, Auto 092 de 2008, p. 32.

“Era de noche. Llegaron dos hombres armados que vestían prendas militares, camufladas y armas.... Se llevaron a mi esposo fuera de la casa y todo el tiempo le apuntaron el arma... Yo logré calmar a la niña y la arrullé hasta que se durmió. Entonces el hombre me sacó de la habitación y me llevó al corredor para interrogarme, me amenazó con matarme si no me dejaba. Me quitó la ropa, me tapó la boca y me forzó. Me violó. Luego me dijo que me vistiera y también dijo: “Aquí no pasó nada. Las mujeres, al fin y al cabo, son para esto.”²⁶

Así mismo, la violencia sexual también se presenta como un hecho sexualmente irresistible, cuando quienes van a sacrificar a las mujeres del bando opositor, se convierten en violadores al hacer un cálculo de la última utilidad que ese cuerpo femenino les puede brindar a su satisfacción sexual²⁷. En esta hipótesis los abusos surgen como inevitables, como algo que naturalmente debe darse en un cuerpo femenino que al fin y al cabo va a ser sacrificado, y que podría servir a la satisfacción propia del deseo sexual, y al mismo tiempo, a la total humillación del enemigo.

2.2.2. Violencia sexual para generar amedrentamiento del enemigo, y terror y desplazamientos de la población

²⁶ OXFAM INTERNACIONAL: *La violencia sexual en Colombia. Un arma de guerra*, Sitio web Oxfam, [en línea], disponible en <http://www.oxfam.org/es/policy/violencia-sexual-colombia> (Consultado: Septiembre 15 de 2009), p.10

²⁷ C. MACKINNON: “*Crímenes de guerra, crímenes de paz*”. Madrid, 1998, p. 94.

Estas agresiones se cometen como una forma de táctica militar, en donde la lógica es agredir y abusar sexualmente de las mujeres del bando enemigo, para forzarlo a salir del “escondite”, y así, en primer lugar, establecer un enfrentamiento en el que los abusadores ya llevan una ventaja, al haber sido ellos quienes escogieron el tiempo y el lugar del desafío; y en segundo lugar, debilitar la moral del enemigo cuando este advierte que no pudo defender a sus mujeres.

Así mismo, las mujeres son instrumentalizadas a través del ejercicio de la violencia sexual sobre ellas, cuando ésta se utiliza para generar terror en la población, y así forzar desplazamientos y el consiguiente avance en el control territorial y de recursos. Estas situaciones también son comunes en el conflicto colombiano, donde los grupos al margen de la ley cometen actos deliberados de violencia sexual, que forman parte de estrategias bélicas enfocadas a infundir terror en la población, a obtener el avance y el control territorial, y a lograr la coacción para diversos propósitos.²⁸

Al respecto, también hay muchos testimonios de mujeres colombianas que dan cuenta de la utilización de la violencia sexual como forma altamente eficaz de generar terror y amedrentamiento de la población. En un informe de Oxfam Internacional se transcriben los testimonios de dos mujeres, una de Valledupar,

²⁸Colombia, Corte Constitucional, Auto 092 de 2008, p. 30.

Cesar, y la otra de Pueblo Nuevo, Córdoba, que dan a entender el terror que genera la violencia sexual en el conflicto armado colombiano:

“En las Delicias mataron a una niña de 10 años, la degollaron y mutilaron. Fue por los días que mataron a mi hija. A otra muchacha indígena de 16 años le cortaron los senos por esos mismos días. Querían hacer notar su presencia. Todas eran niñas indígenas. Para los indígenas, en cualquier guerra las mujeres, los niños y los ancianos deben ser respetados. Están horrorizados.”

“Llegaron 500 paramilitares a la aldea, ya que se halla en territorio de la guerrilla. Nos amenazaron y se llevaron a las mujeres para trabajar a su servicio. Mataron a muchachas, chicos, hombres y mujeres. No se nos permitió recogerlos y los perros se comieron los cadáveres. Ahorcaron a algunos niños y mutilaron los órganos sexuales de los cadáveres. Violaron a muchas mujeres.”

2.2.3. La violencia sexual como forma de disciplinar a la población dominada.

Es también utilizada la violencia sexual como un modo de disciplinar a las mujeres civiles que quebrantan los códigos de conducta impuestos de facto por los grupos armados enfrentados en el conflicto.

Estos casos también se presentan comúnmente en el conflicto colombiano, pues en este país hay grandes fracciones de territorio en donde hay una ausencia total del Estado y de la institucionalidad, en las que se dan las condiciones propicias para que grupos alzados en armas se apropien del territorio y quieran imponer, no las reglas del derecho vigente, sino una normatividad al margen de la legalidad, siendo ellos mismos los que monopolizan el uso de la fuerza, apropiándose además de la facultad de creación de normas, de la de juzgamiento y de la facultad sancionatoria, siendo así que en muchos casos el uso de la violencia sexual (tortura, mutilaciones sexuales, desnudez pública forzada o humillación sexual) sirva como una forma de castigo empleada por los grupos armados, ya sean grupos guerrilleros o paramilitares, frente a las mujeres que desobedecen las reglas impuestas por ellos.²⁹

2.2.4. La violencia sexual como estrategia de inteligencia militar.

En un conflicto de baja intensidad, y que se ha prolongado tanto en el tiempo, como el conflicto colombiano, las violaciones y otras formas de violencia sexual también se emplean como estrategias para crear redes de parentesco que funcionan como fuentes de inteligencia. Tanto los grupos paramilitares, como el ejército y la guerrilla suelen conquistar mujeres o involucrarse con ellas, para

²⁹ Ibíd. p. 32

usarlas como fuente de información, para crear redes de colaboradores y reclutar simpatizantes³⁰.

2.2.5. La violencia sexual como arma de guerra.

Así mismo, la violencia sexual también es utilizada como arma de guerra, con el objetivo de expoliar, agredir, humillar, menospreciar, y por ultimo, lograr lo que eufemísticamente se ha denominado “limpieza étnica”. La violencia sexual con este propósito ha tenido lugar en varios conflictos, siendo paradigmáticos los casos del conflicto de Bosnia Herzegovina y de Ruanda.

En el caso de Bosnia Herzegovina, la violencia sexual sirvió como arma en la guerra que enfrentó a serbios contra musulmanes, cuando aquellos notaron que la mejor forma de destruir la moral de estos, y de amedrentar su deseo de luchar, era, entre otros actos, violando a sus mujeres. Tadeusz Mazowiecki, relator especial de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, manifestó, luego de la investigación realizada por un equipo internacional de expertos médicos, que “la limpieza étnica no parecía ser una consecuencia de la guerra, sino más bien su propósito, y que la violación había sido utilizada como un instrumento de limpieza étnica en Bosnia Herzegovina”³¹. En este supuesto se trata de la violencia sexual como forma de lograr, a través de los cuerpos femeninos, la colonización de un territorio, “se trata de la violación como una

³⁰ A. MOLANO: *“Otras armas”*, en El Espectador, Bogotá, 2009.

³¹ MJ. MOREYRA. Op., cit., p. 64.

política de conquista e integración étnica, de anexión y expansión, de adquisición de una nación por otra, de colonización de los cuerpos de las mujeres como colonización de la cultura que simbolizan y encarnan, al igual que del territorio que ocupan”³².

Concretamente en el conflicto armado de Bosnia Herzegovina, se llevaron a cabo violaciones sistemáticas para generar la liquidación étnica por medio de la reproducción, siendo así que las mujeres musulmanas y croatas fueron violadas por serbios, para conformar así un Estado serbio con los bebés serbios que nacerían³³.

No fue sino a partir de este conflicto que la comunidad internacional comenzó a comprender y a reconocer la problemática de la violencia sexual en los conflictos armados, aunque llame la atención que la violencia sexual haya despertado más conmoción porque esta fue un ataque genocida o étnico, que porque haya sido un ataque contra las mujeres; más porque de esa forma se reducía el análisis del fenómeno al uso de la violencia sexual como arma de guerra, desconociendo que esta se presenta también por otros motivos, y así dejando a un lado las consideraciones que las mujeres víctimas de violencia sexual perpetrada con otros propósitos merecerían también.

³² C. MACKINNON, Op., cit., p. 95.

³³ Esta práctica proviene en gran parte de la teoría nazi que sostenía que el semen transporta todo el material genético; resultando así para los serbios, que si ellos violaban a mujeres musulmanas y producto de esa violación nacía un bebé, este ya tendría una “raza pura”. *Ibíd.*

De igual forma, en el conflicto de Ruanda la violencia sexual se manifestó como una verdadera arma de guerra. El conflicto étnico desatado entre las dos tribus nativas de Ruanda, los Tutsis y los Hutus, estuvo caracterizado por la cruel violencia sexual que se desató en contra de las mujeres, como una forma de aniquilamiento mutuo. En este conflicto la violencia sexual sirvió a la “limpieza étnica” pero no de la misma forma que en el conflicto de Bosnia Herzegovina, pues la dinámica fue al contrario: Los bandos enfrentados no violaban a las mujeres para embarazarlas y forzar la procreación de una nueva generación “racialmente pura”, sino que lo que se buscaba era el aniquilamiento total de los de la “otra raza”. Como evidencia de ello se documentan las propagandas racistas que se difundían en una radio gubernamental en Ruanda, que se comprendían de mensajes que ordenaban a los soldados hutus a violar a las mujeres tutsis para así debilitar moralmente a la “raíz tutsi”. La propaganda sostenía una deshumanización, no solo de la etnia tutsi, sino particularmente de las mujeres, consideradas como las procreadoras de los “inyensi”, es decir, de las cucarachas.³⁴ La lógica que imperaba en las agresiones sexuales, era la de afectar a las mujeres del bando enemigo, al ser estas las habilitadas para la procreación.

2.2.6. La violencia sexual por orden superior.

³⁴ T. MATALE KABANGU: *“Mujer, conflictos y subdesarrollo en África”*, en *Tiempo de Paz*, Madrid, 2007, p. 72.

Respecto de la violencia sexual utilizada como estrategia militar, para generar terror y desplazamientos; como forma de inteligencia militar, para obtener información y nuevos reclutamientos; y como arma de guerra, para aniquilar una raza, o grupo étnico o religioso, existe un tema crítico a destacar, y es el de la violación por orden superior. Existen evidencias de que en muchos conflictos armados se presentan actos de violaciones y de violencia sexual, pero no deliberados y fuera de control, sino por orden de los mandos superiores de los ejércitos.

Esta manifestación de la violencia sexual en los conflictos armados deja muy en claro como la violación y otros abusos sexuales si han sido militarmente estimados como una verdadera arma de guerra, en virtud de la efectividad que tiene para generar terror, desplazamiento y exterminio, y de la ventaja añadida que conlleva el uso de la violencia sexual, en términos del ahorro en material bélico. Al respecto Catharine A. Mackinnon, cita en su texto “Crímenes de guerra, crímenes de paz”, artículos de prensa en donde violadores de mujeres musulmanas en el conflicto de Bosnia Herzegovina, afirmaban que tenían órdenes de violar a las mujeres, ya que esos actos formaban parte de tácticas militares. Incluso un violador, en su defensa, afirmó que tenía que violar a las mujeres, o si no a él lo matarían sus superiores.³⁵

³⁵ C. MACKINNON, Op., cit., p. 93-94; cita a “A Pattern of Rape”, en Newsweek, 4 de enero de 1992. y a R. GUTMAN: “*Mass Rapes in Bosnia*”, en Newsday, 23 de agosto de 1992.

En el ámbito de las guerras, la violencia sexual no es pues un hecho que se dé con una sola manifestación, ni con un solo propósito. Es claro que el motivo que conduce a la comisión de estas agresiones varía en función de las características de cada conflicto y de las circunstancias en las que se estén desarrollando las hostilidades; siendo así posible que se dé un ataque a las mujeres al considerar que estas forman parte de un botín de guerra, o por simple satisfacción sexual; que lo que se quiera provocar con esa violencia sexual sea la desmoralización del enemigo, al ser los hombres los llamados a velar por la seguridad de las mujeres; que esa violencia sexual surja como parte de las represalias que se dan entre las partes contendientes; o, finalmente, que el fenómeno que analizamos se presente como una forma de ataque genocida, sirviendo de arma de guerra en conflictos étnicos o raciales.

Capítulo II

EL TEMA DE LA VIOLENCIA SEXUAL EN EL DERECHO INTERNACIONAL Y LA INVISIBILIZACIÓN DE LA MUJER EN EL ÁMBITO JURÍDICO

La violencia sexual cometida en tiempo de guerra, ha venido ejerciéndose de manera prácticamente impune a lo largo de la historia, bajo la concepción de que ésta es un desafortunado, pero inevitable resultado de las hostilidades.

Ha sido una constante histórica el considerar a la violencia sexual como una circunstancia aislada de los conflictos armados, que nada tiene que ver con las hostilidades propias de la guerra. El análisis se ha reducido a considerar a la violencia sexual como una conducta propia de soldados indisciplinados, que conciben el cuerpo de las mujeres como un botín de guerra, como un trofeo que merecen recibir por estar dentro del combate. Siempre las consideraciones comunes respecto de la guerra, es que los hombres son heridos o muertos en combate y las mujeres inevitablemente abusadas, sin que poco o nada pueda hacerse. La percepción respecto de la violación y demás abusos sexuales contra las mujeres en la guerra, ha sido casi de normalidad y de resignación, por cuanto se le aprecia como un hecho inevitable, pero que no tiene conexión alguna con la guerra, por lo que no debe ser incluida como un tema que le concierne.

Evidentemente esta apreciación del fenómeno de la violencia sexual en los conflictos armados ha influido en la no regulación del derecho sobre esta realidad. Esto ha implicado la invisibilización del tema, la impunidad de los perpetradores de esta tragedia, el desprecio de unas mujeres víctimas a las que no se las ha tenido como afectadas por la guerra, y por tanto no han recibido la asistencia jurídica, económica, psicológica y en salud que merecerían.

Lo que se pretende en este capítulo es mostrar cómo el fenómeno de la violencia sexual en los conflictos armados ha sido un tema que ha estado excluido de la regulación internacional por muchísimos años, y cómo esa exclusión puede ser explicada también a partir de la jerarquización de roles que nuestra cultura patriarcal ha impuesto.

1. Recorrido del desarrollo normativo que tuvo lugar antes de la década de 1990.

1.1. Tribunales ad-hoc de Nuremberg y de Tokio.

Pese a que como resultado de la observación de diversos conflictos, se ha podido concluir que los actos de violencia sexual son frecuentes en las guerras, por

motivos que varían en función del tipo de conflicto armado; la violencia sexual no ha merecido por parte del derecho internacional la consideración debida, sino que ha sido otra la realidad del tratamiento que ha obtenido.

Partamos desde el momento en que se comenzaron a dar a conocer escabrosos hechos de violencia sexual: la Segunda Guerra Mundial.

El Tribunal de Nuremberg se estableció luego del fin de la Segunda Guerra Mundial para juzgar los crímenes de los acusados nazis. Fue un tribunal instituido ad-hoc, con un estatuto también creado ad-hoc, para servir de parámetro legal para juzgar específicamente la situación de crisis vivida en este conflicto internacional. En el artículo 6 del estatuto de Nuremberg se definieron los conceptos de “crímenes contra la paz”, “crímenes de guerra” y de “crímenes contra la humanidad”, como las conductas que irían a ser juzgadas por ese tribunal; y en ninguna de estas definiciones se incluyó la violación o alguna agresión sexual como conducta prohibida. Así mismo, en ninguno de los escritos presentados por los fiscales se hizo referencia alguna a la comisión de actos de violencia sexual³⁶.

Igualmente, el Tribunal de Tokio también se estableció para juzgar los crímenes cometidos en la Segunda Guerra Mundial. En su estatuto se tipificaron los mismos delitos que en el estatuto del Tribunal de Nuremberg, coincidiendo también que en

³⁶ E. SUÁREZ: “La violación como crimen de guerra en el Derecho Internacional Humanitario. La justicia olvidada”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007, p. 9.

ninguna de las categorías de crímenes establecidas se incluyera la violación ni la violencia sexual. Sin embargo, y a diferencia de lo ocurrido en Nuremberg, los escritos de acusación presentados por la fiscalía si incluyeron pruebas del uso sistemático de la violación en mujeres y niñas, aunque aquellas pasaron como una simple mención, pues ninguna mujer fue llamada a testificar³⁷.

1.2. Convenios y tratados de Derechos Humanos, anteriores a la década de 1990.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, se empieza un proceso de positivización y reconocimiento de los derechos humanos, a través de los tratados y convenios internacionales, con el propósito de su universalización. Aunque en materia de derechos humanos universales se dieron grandes avances, respecto del tema de la violencia sexual en contra de las mujeres no se dieron progresos significativos, ni en alguno de los tratados o convenios internacionales sobre derechos humanos se incluyeron referencias expresas de la violencia sexual como un atentado a los derechos humanos.

En primer lugar está la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948. Aunque no es de carácter obligatorio para los estados, si ha servido de gran

³⁷ *Ibid.*

influencia para el desarrollo constitucional que cada país ha tenido en el tema de los derechos humanos, y para el desarrollo que con posterioridad se ha dado en la comunidad internacional al respecto. Pese a que en el texto de la Declaración se prohíbe expresamente la tortura y el trato inhumano, no hay una consagración concreta que establezca la prohibición de las violaciones o de la violencia sexual en los conflictos armados.

Seguidamente está la Convención para la Prevención y Sanción del delito de Genocidio, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, mediante la resolución 260 del 9 de diciembre de 1948. En esta convención las partes firmantes confirman que el genocidio, ya sea cometido en tiempo de paz o en tiempo de guerra, es un delito de derecho internacional que ellas se comprometen a prevenir y a sancionar. Así mismo, se define el delito de genocidio como los actos tendientes a destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso³⁸. En la convención no se menciona a la violación, o a algún acto de violencia sexual como conducta prohibida o que haga parte de los actos tendientes a lograr el genocidio, ni tampoco se incluye a las mujeres como un sujeto pasivo de este delito.

³⁸ Art. II del Convenio para la Prevención y Sanción del delito de Genocidio: “En la presente Convención, se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal: a) Matanza de miembros del grupo; b) Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; e) Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo.

La Convención Suplementaria sobre la Abolición de la Esclavitud, trata de Esclavos e instituciones y prácticas análogas, adoptada el 30 de abril de 1956, prohíbe la esclavitud, definiendo las formas en las que ésta práctica queda prohibida, y aunque incluye dentro de esas conductas la trata o compraventa de mujeres, no establece como conducta prohibida la esclavitud sexual.

Posteriormente, el 16 de diciembre de 1966, se adoptó por la Asamblea General de las Naciones Unidas el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. En él se prohíbe la tortura, el trato degradante, la esclavitud, se instituyen los imperativos que se deben respetar para el trato de prisioneros, y se establecen, además, algunos derechos civiles y políticos, como el de la libertad de culto y de opinión. Así mismo, está el Protocolo Facultativo del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, que establece que quienes lo ratifiquen deberán reconocer la competencia del Comité de Derechos Humanos para recibir y considerar comunicaciones de individuos que se hallen bajo la jurisdicción de ese Estado y que aleguen ser víctimas de alguna violación por ese Estado parte, de cualquiera de los derechos enunciados en el Pacto. Ni en el Pacto ni el Protocolo se hace algún pronunciamiento acerca de la violación, de las agresiones sexuales, ni de la protección que en este sentido se les debe a las mujeres y las niñas.

En el año de 1974 se adoptó, a través de la resolución 3318 de la Asamblea General de la ONU, la Declaración sobre la Protección de las Mujeres y el Niño en

estados de emergencia o conflicto armado. En ella se considera a las mujeres y a los niños como parte vulnerable de la población civil y como víctimas frecuentes de actos inhumanos en contextos de conflicto armado. Se establece que como se considera a las mujeres y a los niños grupos vulnerables en contextos de guerra, se prohíbe ejercer contra ellos ataques y bombardeos que causan sufrimientos indecibles, el empleo de armas químicas y bacteriológicas, la persecución, la tortura, los tratos degradantes, la reclusión, las ejecuciones, las detenciones en masa, los castigos colectivos, la destrucción de viviendas, y el desalojo forzoso; y se exige que sean respetados todos los derechos humanos, civiles y políticos que ya en otros tratados han sido reconocidos. En esta declaración el interés por la situación de las mujeres se circunscribe a su función de madres y de cuidadoras de los niños en ausencia de sus padres, y no a la afectación concreta que sufren como mujeres. Esta omisión llama mucho la atención, pues es incomprensible como habiéndose dado a conocer la tragedia de violencia sexual que vivieron las mujeres en el conflicto de Bangladesh, al comienzo de la década de 1970, no se haya hecho expresa una referencia de este tema, ni de las cuestiones que afectan a las mujeres en sus propios derechos.

En la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer, adoptada por la Asamblea General de la ONU el 18 de diciembre de 1979, se establece que los estados parte en los pactos de derechos humanos tienen la obligación de garantizar a hombres y mujeres la igualdad en el goce de todos los derechos económicos, sociales, culturales, civiles y políticos, y de velar

porque las mujeres no sigan siendo sujetos de discriminaciones. De igual forma que en los anteriores instrumentos, y aunque en el artículo 6 de la convención se estableció la importancia de tomar medidas para suprimir todas las formas de trata de mujeres, de explotación y de prostitución forzada; no hay una condena expresa hacia las acciones de violencia sexual perpetradas contra las mujeres en tiempo de guerra.

En el año de 1984, mediante la resolución 39/46, se ratifica por la Asamblea General de la ONU la Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Cruels, en donde tampoco se hace alusión expresa a la violencia sexual como acto prohibido, ni se menciona que ésta hiciera parte de los tratos o penas crueles reprochables.

1.3. Tratamiento del Derecho Internacional Humanitario (DHI).

El derecho, al no poder evitar las guerras pese a que éstas están proscritas por el orden jurídico internacional, intenta regular las conductas para aminorar los efectos negativos que se desencadenan por estas, o como diría Bobbio, para proteger a los hombres de una “crueldad inútil”³⁹.

³⁹ N. BOBBIO: “*El problema de la guerra y las vías de la paz*”, Barcelona, 1981, p. 59.

Esta función es la que está llamada a cumplir el Derecho Internacional Humanitario (DIH). El DIH es un compendio de normas de carácter internacional, que, a diferencia de los tratados y convenios de derechos humanos se aplica solo en los contextos de guerra o de conflicto armado. Es el conjunto de normas que pretende limitar los medios y métodos de la guerra y que busca proteger a los civiles no combatientes de los efectos del actuar bélico. Esta normatividad no determina la legitimidad de la guerra, o si el conflicto se ajusta o no a derecho, sino que intenta reglar la guerra, restringiendo algunas conductas e imponiendo límites que se deben respetar en toda circunstancia.

1.3.1. Principios Generales

1.3.1.1. Principio de Distinción.

Uno de los fundamentos del DIH es el principio de distinción, que establece que hay personas frente a las cuales no se pueden dirigir las hostilidades. Se basa en la idea de que los conflictos, las agresiones y la guerra, son relaciones entre personas; es decir, en que la hostilidad en la guerra es una relación personal entre combatientes, y que ciertas personas no pueden ser sometidas a un tratamiento hostil en absoluto, puesto que nada acerca de ellas justifica tal tratamiento. Como lo expresa Thomas Nagel, “cualquier cosa que hagamos intencionalmente a otra persona debe dirigirse a ella como sujeto, con la intención de que lo reciba como tal. Debe manifestar una actitud hacia ella mas bien que precisamente hacia la situación, y la persona debe ser capaz de reconocerla e identificarse como su

objeto”⁴⁰. El principio de Distinción se desarrolla a partir de dos prohibiciones absolutas: La primera que versa sobre la clase de personas contra quienes se puede dirigir la violencia; y la segunda, que establece que debe haber una serie de limitaciones en los medios y las formas de atacar. Claramente, las limitaciones frente a la clase de personas contra quienes pueden ir dirigidas las agresiones, se refieren a que los miembros de la población civil, que no hacen parte de las hostilidades, no pueden ser víctimas de los actos de la guerra.

Estas dos prohibiciones establecidas por el Principio de Distinción, permiten a su vez definir las siguientes obligaciones que están en cabeza de todos los grupos combatientes dentro de un conflicto:

1. Garantizar a la población civil y a las personas civiles el trato humano y la protección general que les otorgan los instrumentos de derecho humanitario.
2. Asegurar a quienes se han rendido y a quienes han quedado fuera de combate el trato humano para ellos previsto por el derecho internacional humanitario.
3. Hacer efectivas las garantías previstas por el derecho humanitario para las personas privadas de la libertad por motivos relacionados con el conflicto (por

⁴⁰ T. NAGEL: *“Ensayos sobre la vida humana”*, México, 2000, p. 120.

ejemplo, darles un trato humano que incluya proporcionarles condiciones dignas de detención y no exponerlas a los peligros de la guerra).

4. Evitar ataques contra bienes que no son objetivos militares.

5. Facilitar las actividades emprendidas por las organizaciones humanitarias para atender a las víctimas del conflicto.

1.3.1.2. Principio de Inmunidad de la Población.

Este principio, al igual que el de Distinción, busca que los civiles no padezcan las agresiones ni las crueldades de la guerra. El principio de Inmunidad de la Población establece unas limitaciones absolutas para asegurar en la medida de lo posible la inviolabilidad de la población civil. Entre esas limitaciones está la proscripción de convertir a los civiles en objetivo predeterminado de los actos de violencia, la prohibición del desplazamiento forzado de la población, la prohibición de ataques indiscriminados o que induzcan terror en la población civil, la prohibición de emprender represalias contra personas y bienes protegidos por el DIH, y la prohibición respecto de los blancos de los ataques.

1.3.1.3. Interpretación de los principios de distinción y de inmunidad de la población a la luz del fenómeno de violencia sexual en la guerra.

Tanto lo establecido por el principio de Distinción, como lo consagrado por el principio de Inmunidad de la Población Civil, llevan a concluir que debe existir un

imperativo de respeto por los no combatientes, entendiendo por estos aquellos que por cualquier circunstancia han quedado fuera de combate, aquellos que son miembros del personal sanitario, y aquellos que conforman la población civil en general, pues, siguiendo a Nagel, nada en ellos justifica que haya una relación personal de hostilidades.

Pues bien, esta misma conclusión se debe aplicar evidentemente a las mujeres que padecen violencia sexual en contextos de guerra, pues ellas, al formar parte de la población civil, deben quedar inmunes a las hostilidades, máxime cuando éstas no hacen parte de un resultado o un efecto de alguna acción realizada en la dinámica de la guerra, como evidentemente no lo hacen los actos de violencia sexual. Al respecto vale mencionar lo que explica Nagel en su texto “Ensayos sobre la vida humana”, en donde hace referencia sobre lo que expresamente está prohibido por los absolutistas morales en el contexto de la guerra, que es “*hacer* ciertas cosas a las personas, más bien que ocasionar ciertos *resultados*”⁴¹. Lo que quiere significar Nagel es que no todo lo que les sucede a otras personas como resultado de lo que otros hacen en la guerra, es algo que efectivamente les hayan hecho a ellas, con una premeditada intención, pues simplemente pueden hacer parte de los resultados de un acción. Claramente las hipótesis de violencia sexual se salen de estas consideraciones, pues en ningún caso la violencia sexual podría considerarse como un *resultado* o un *efecto* inevitable de otras acciones, sino que

⁴¹ Ibid. pp. 109-110. (Cursivas en el texto).

ésta se comete como un hecho independiente y con predeterminación del objetivo, que son casi siempre mujeres miembros de la población civil. En términos de Nagel, las acciones de violencia sexual en contextos de conflictos armados, siempre son un *hacer*, más no un mero *resultado*, que además se cometen contra personas frente a las que no se tiene una relación personal de hostilidad.

1.3.2. Normatividad Específica

Mas allá de los principios generales que guían el DIH, que como vimos servirían para fundamentar un reproche a las conductas de violencia sexual en las guerras, es pertinente analizar cual ha sido la mención concreta que la normatividad contenida en el DIH ha hecho respecto del tema de la violencia sexual, para concluir si esta normatividad concreta concuerda o no con lo prescrito por los principios generales del DIH.

La normatividad del DIH está comprendida por un pilar principal, del que forman parte los cuatro Convenios de Ginebra de 1949 y los dos Protocolos Adicionales de 1977. En los convenios se hace una distinción entre las infracciones graves y el resto de infracciones. La incidencia de esa distinción está en que se entenderá que quienes cometan las infracciones graves están cometiendo crímenes de guerra, y por tanto, serán sujetos de jurisdicción universal, por lo que podrán ser perseguidos en cualquier tiempo y lugar y por cualquier estado parte de los

convenios⁴². Por otro lado, quienes cometan las demás infracciones no estarán realizando crímenes de guerra, y por tanto no serán sujetos de jurisdicción universal.

Habrà de verificarse entonces si dentro de las infracciones graves se incluye la violencia sexual contra mujeres y niñas. Las infracciones graves están consagradas en el artículo 50 del Convenio I, en el artículo 51 del Convenio II, en el 130 del Convenio III, en el 147 del Convenio IV, y en el artículo 11 y 85 del Protocolo Adicional I; y en ninguno de estos listados está consagrada la violencia sexual como infracción grave o crimen de guerra.

Se entiende así que según el DIH, la violencia sexual no es un crimen de guerra, sino que es una conducta prohibida frente a la que se hacen otras consideraciones, y se da otro tratamiento.

1.3.2.1. Cláusulas no discriminatorias

Los cuatro Convenios de Ginebra consagran cláusulas no discriminatorias que dan a entender cómo el principio de igualdad debe regir en el trato hacia los prisioneros y hacia la población no combatiente, incluidas las mujeres:

Artículo 3 común a los cuatro Convenios de Ginebra. Este artículo circunscribe su aplicación a los conflictos armados no internacionales, y referente al tema que

⁴² Art. 49 del Convenio I. Art. 50 del Convenio II. Art 129 del Convenio III. Art 146 del Convenio IV.

nos interesa, establece que las personas no combatientes deberán ser tratadas con humanidad en todas las circunstancias, sin que se hagan distinciones desfavorables en atención a criterios como la raza, el sexo, el color, la religión, la fortuna o cualquier otro criterio análogo.

Artículo 12 de los Convenios I y II. Establecen que el tratamiento a heridos y a enfermos deberá ser igual para todos, sin distinción alguna de índole desfavorable basada en el sexo, la raza, la nacionalidad, la religión, las opiniones políticas o en cualquier otro criterio análogo.

Artículo 14 y 16 del Convenio III. Consagran, al referirse al trato de los prisioneros, que las mujeres deben ser tratadas con todas las consideraciones debidas a su sexo y, en todo caso, que se deben beneficiar de un trato tan favorable como el que reciban los hombres.

1.3.2.2. Cláusulas consagradorias de un trato diferenciado.

Así mismo, hay disposiciones que consagran un trato diferenciado a las mujeres, en consideración a su sexo.

Artículo 27 del Convenio IV. Consagra que las mujeres deberán ser especialmente protegidas contra todo atentado a su *honor* y en particular, contra la violación, la prostitución forzada y todo atentado a su *pudor*.

Literal e), de la segunda parte del artículo 4, del Protocolo Adicional II. El Protocolo Adicional II también circunscribe su aplicación a los conflictos armados internos. En la norma referida se consagra que quedarán prohibidos en todo tiempo y lugar, con respecto a todas las personas que no participen directamente

en las hostilidades o que hayan dejado de participar en ellas, estén o no privadas de libertad, los atentados contra la dignidad personal, en especial los tratos humillantes y degradantes, la violación, la prostitución forzada y cualquier forma de atentado al *pudor*.

Literal a), de la segunda parte del artículo 5 del Protocolo Adicional II. En esta norma se establece que las personas responsables de custodiar a los prisioneros de guerra, deberán, salvo cuando hombres y mujeres de una misma familia sean alojados en común, custodiar a las mujeres en locales distintos de los destinados a los hombres, bajo la vigilancia inmediata de mujeres.

Numeral 4 del artículo 6, del Protocolo Adicional II. Establece que no se podrá dictar pena de muerte o ejecutar a las mujeres encinta ni a las madres de niños de corta edad.

La normatividad concreta de los cuatro Convenios de Ginebra y de los dos Protocolos Adicionales, prescribe entonces que las mujeres, cuando hagan parte de la población no combatiente, cuando sean prisioneras de guerra, cuando estén heridas o enfermas, deberán recibir el mismo tratamiento y la misma consideración que los varones. Así mismo, establece el DIH que las mujeres deberán tener un trato en consideración a su sexo, en el sentido de que no podrán ser abusadas, ni se podrán perpetrar contra ellas actos que atenten contra su honra y pudor.

1.3.3. Alusión que hace el DIH al pudor y al honor de las mujeres.

Llama la atención que en la regulación concreta del DIH siempre se haga alusión al pudor y al honor de las mujeres como aquel bien jurídico afectado por el ejercicio de la violencia sexual en contra de ellas.

Al respecto habrán de anotarse dos cosas: en primer lugar, la idea del honor que le es arrebatado a la mujer que es violada o agredida sexualmente, se tiene porque ha sido la misma cultura patriarcal la que ha “otorgado” ese honor a la mujer, porque son los mismos hombres quienes se lo han conferido. Es la propia cultura que se ha forjado alrededor de la sumisión de la mujer y de la dominación del hombre, la que atribuye un deshonor a la mujer por haber sido violentada y ultrajada en su sexo, por eso la mujer abusada es posteriormente repudiada por el hombre. El trasfondo de esta lógica está en que el verdadero deshonrado con la agresión sexual en contra de la mujer termina siendo el hombre que debía protegerla; y es por ello que se puede explicar el porque se utilizan a las mujeres como un medio, para que, a través de la violencia sexual ejercida contra ellas, se “manche” el honor del enemigo y se le debilite.

En segundo lugar, evitar calificar a la violencia sexual como una infracción grave y denotarla simplemente como un atentado al pudor y al honor de la mujer, es negar la gravedad del delito, es cerrar los ojos ante las nefastas consecuencias que estos actos generan en las víctimas, y es ignorar la efectividad que tiene en

cuanto a generar terror, exterminio y huida se trata, cuando se la utiliza como arma de guerra.

Es precisamente esa alusión al honor y al pudor de la mujer, y esa resistencia a tratar el tema de la violencia sexual como un tema relacionado con las hostilidades de la guerra, lo que nos lleva a afirmar que la mujer, y la especial afectación que sufre en los conflictos armados, han sido invisibilizados y apartados de los temas dignos de interés del derecho internacional. La cuestión a analizar es porqué ese vacío jurídico ha permanecido por tanto tiempo, pese a que la violencia sexual ha sido una tragedia reiterada en casi todos los conflictos armados.

2. La discriminación de la mujer, extendida al ámbito jurídico.

En el primer capítulo se explicaba cómo la dominación que siempre ha existido del hombre hacia la mujer, sirve de origen a la violencia que se ejerce sobre ella, incluso en contextos de conflictos armados. Esa comprensión de la mujer como ser inferior, débil, dócil, sumiso y dependiente del hombre, ha servido como justificación para que se le dispense, en ocasiones, un trato discriminatorio y para que, incluso, en ese trato se incluya la violencia.

A partir del recorrido normativo que en el primer punto de este capítulo se hizo, del que resulta ser evidente la omisión que el derecho internacional ha tenido respecto del tema de las mujeres y su especial victimización en la guerra, podría ser acertado lanzar la afirmación de que la discriminación que ha padecido la mujer en todos los ámbitos, se extiende también al normativo. Pareciera ser que el mismo esquema de dominación del hombre hacia la mujer, que ha imperado en la cultura y en casi todos los ámbitos sociales, ha penetrado también el espacio del derecho.

Claramente se vio cómo en la regulación del DIH y de los Derechos Humanos el tema de la mujer y de la violencia sexual que se ejerce sobre ella quedó invisibilizado, pese a que a lo largo de la aprobación y ratificación de los diferentes instrumentos jurídicos que se promulgaron en esa época, hubieran ocurrido tragedias de violencia sexual en los conflictos. A pesar de que era evidente desde la Segunda Guerra Mundial que la violencia sexual se presentaba como una constante en las guerras, ni en la regulación de los derechos humanos, ni mucho menos en la normatividad que pretendía regular las conductas de la guerra (que era donde primero se debía encontrar), fueron incluidos reproches o prohibiciones expresas sobre las conductas de violencia sexual desplegadas en los conflictos armados. Lo censurable es que frente a realidades de bulto, tan crueles y trágicas, se haya guardado silencio por parte del Derecho Internacional. Tal y como lo expresa Canterla Cinta, “No es ya que en cualquier situación social de desamparo el hecho de ser mujer funcione siempre como una variante

empobrecedora que agrave la injusticia, sino que el propio corpus cultural, político y jurídico parece excluirlas *ab origine*".⁴³

2.1. Las experiencias de los hombres como referente principal de la construcción jurídica

Una de las explicaciones que se han ofrecido para entender porque durante tanto tiempo se ha permanecido en silencio respecto de la problemática de la violencia sexual contra las mujeres, es porque el desarrollo del Derecho Internacional, incluyendo allí el Derecho de los Derechos Humanos, el DIH, y el Derecho Penal Internacional, gira en torno al paradigma de la vida de los hombres, especialmente de la vida de los hombres en la esfera pública⁴⁴. Como se ha entendido a lo largo de la historia que las mujeres están relegadas al ámbito privado de los hombres, debido al rol de dominación que estos han ejercido sobre ellas, las mujeres resultan entonces excluidas del derecho debido a que no conforman el objeto tradicional de regulación de este, que sería la vida de los hombres en una esfera pública. El hecho de que las mujeres estén más privadas de las posiciones de poder, del acceso a la educación y que mayoritariamente sean los hombres los que controlan los recursos económicos y participan en la vida pública, hace que los temas que afectan a las mujeres, por ser mujeres, hayan ido quedando ignorados.

⁴³ C. CINTA: "*Mujer y derechos humanos: Universalismo y violencia simbólica de género*", en *Discursos, realidades, utopías: la construcción del sujeto femenino en los XIX-XX*, Barcelona, 2002, p. 18. (Cursivas en el texto).

⁴⁴ MJ. MOREYRA. Op., cit. p. 135.

2.2. Exclusión de las mujeres del Derecho, por el dominio de las corrientes políticas realistas.

También se ha planteado que este silencio del Derecho Internacional frente a la violencia sexual contra las mujeres, ha tenido que ver con el dominio que las corrientes políticas realistas han ejercido en la teoría de las relaciones internacionales. El realismo, basándose en los esquemas acostumbrados e implantados de dominación masculina y de inferioridad femenina, ubica a las mujeres en roles subordinados y de género tradicionalmente definidos que efectivamente las ha hecho invisibles en el espacio jurídico internacional⁴⁵.

Frente a este punto se genera la inquietud de si ha sido la dominación de los hombres y el rol sumiso de la mujer los que han servido a la invisibilización que desde el derecho se ha hecho de ella; o si mas bien la dinámica también se invierte para así lograr, mediante la invisibilización jurídica de la mujer, una perpetuación en el esquema cultural de dominación masculina. Es claro que las omisiones que respecto a estos asuntos de las mujeres se han dado desde el derecho, tienen origen en la cultura misma, que como se ha insistido, ha sido configurada alrededor de la vida de los hombres y bajo la concepción de sumisión e inferioridad de las mujeres. Sin embargo, es válido también invertir el análisis, para así comprender que talvez es el mismo sistema jurídico el que, bajo el

⁴⁵ *Ibid.* pp. 136-137.

dominio masculino, reproduce el esquema cultural de dominación sobre las mujeres. La cuestión es que esos vacíos en el derecho generan la falsa creencia de que las tragedias de violencia sexual que viven las mujeres en la guerra son efectos inevitables de las mismas, y que de ninguna forma constituyen acciones propias de las contiendas armadas. De esta forma, esos vacíos jurídicos sirven para mantener un “statu quo”, para conservar el sistema patriarcal que ha imperado, para salvaguardar la supremacía y el dominio masculino, al relegar a un plano inferior las cuestiones que afectan a las mujeres. Se trata de generar una eficacia simbólica a partir, ya no de una norma, sino de un vacío jurídico.

2.3 Otras consideraciones

Frente a esta invisibilización que han sufrido las mujeres en el ámbito de lo político y lo jurídico, vale hacer la siguiente reflexión al margen, que ilustra perfectamente cómo los temas concernientes a las mujeres no han merecido la misma importancia que los temas que no tienen una especificidad en el género, o los temas que afectan solo a los hombres: Fue apenas en el año de 1993 que en la Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos se reconociera como violación de los mismos los abusos contra las mujeres⁴⁶. Aunque a primera vista esto es una buena noticia para las mujeres, pues se da reconocimiento expreso de que la violencia y las agresiones que se perpetran contra ellas también constituyen

⁴⁶ Declaración y Programa de Acción de Viena. Párrafo 18: “*Los derechos humanos de la mujer y de la niña son parte inalienable, integrante e indivisible de los derechos humanos universales*”.

violaciones de derechos humanos, también es cierto que ese reconocimiento expreso genera una seria inquietud. La cuestión que genera interrogantes es que de hecho exista la necesidad de reconocer por escrito que toda forma de violencia contra las mujeres constituye una violación de los derechos humanos, pues, ¿Ello no querrá decir que existe una resistencia a considerar a las mujeres como sujetos morales, políticos y jurídicos, y en consecuencia beneficiarias de los principios fundamentales universales de la persona, cuando hay que recordar explícitamente que las agresiones contra ellas también constituyen una transgresión de los derechos humanos?⁴⁷. Querer significar y clarificar que los derechos de las mujeres son también derechos humanos, implica que frente a las mujeres y sus derechos persiste una discusión ética, a la que no están sometidos en la actualidad los derechos humanos universales. Si en realidad existiera una igualdad entre mujeres y hombres, y si en la realidad las mujeres si resultaran protegidas por los derechos humanos universales, buscar el reconocimiento y la afirmación de que los derechos humanos son también de las mujeres, sería insistir sobre lo obvio.⁴⁸

Este mismo análisis puede aplicarse también al caso de la omisión que existió a la hora de regularse el tema de la violencia sexual en el DIH. A partir de la década de 1990 se dio comienzo a un activismo en pro del reconocimiento de la tragedia que muchas mujeres padecían en contextos de conflicto armado, y ello se debió en

⁴⁷C. CINTA. Op., cit. p. 22.

⁴⁸*Ibid.* p. 22

parte al haberse dado a conocer la violencia sexual sistemática que se llevó a cabo en conflictos como los de Ruanda y de Bosnia Herzegovina. Sin embargo, y como se ha reiterado en varias oportunidades, la violencia sexual no fue un hecho novedoso de esos conflictos, sino que ésta ha sido un fenómeno repetitivo en las guerras, por lo que vale también el juicio con respecto a que, buscar el reconocimiento jurídico de una tragedia que desde siempre han vivido las mujeres en tiempos de guerras, y debido a ellas, implica que la igualdad entre hombres y mujeres no es tal.

La cultura patriarcal, el esquema de dominación masculino, y la valoración tan disímil de las experiencias y el sufrimiento de las mujeres y los hombres en el contexto de los conflictos armados, ha generado la exclusión del mundo jurídico de este fenómeno, del que son las mujeres las principales víctimas.

Capítulo III

REGULACIÓN ACTUAL DE LA VIOLENCIA SEXUAL EN CONTEXTOS DE CONFLICTO ARMADO

Hasta la década de 1980 hubo una gran indiferencia hacia el tema de la violencia sexual contra mujeres y niñas, sobretodo en el contexto de conflictos bélicos, por parte de los tratados y convenios de derechos humanos. Igualmente, el Derecho Internacional Humanitario ha tenido una inexcusable falta de consideración del fenómeno de la violencia sexual en contextos de guerra, al no considerarla como una infracción grave, y por tanto, al excluirla del listado de los crímenes de guerra y evitar así que contra los perpetradores de violencia sexual se ejerza una jurisdicción universal.

Luego de este oscurantismo que ha padecido el tema de la violencia sexual contra las mujeres en contextos de conflictos armados, el derecho internacional empezó a forjar un cambio de perspectiva respecto de este fenómeno. En primer lugar fueron los convenios y tratados de derechos humanos los que comenzaron a alzar la voz en contra de las tragedias de violencia sexual que padecían las mujeres, haciendo referencias expresas al fenómeno, manifestando su preocupación frente al mismo, y estableciendo mecanismos para hacerle frente al problema.

Igualmente, los Tribunales Penales Internacionales de la antigua Yugoslavia y de Ruanda marcaron un cambio, por cuanto se alejaron de las referencias que hace el DIH sobre la afectación del honor y el pudor de las mujeres con los actos de violencia sexual, y los incluyó en su regulación como crímenes contra la humanidad. Y finalmente, el Estatuto de Roma y la Corte Penal Internacional dan al fin un paso definitivo, al considerar a la violencia sexual en los conflictos armados, como crimen de guerra.

A continuación se hace un recorrido más detallado sobre los cambios que en el derecho internacional se han forjado sobre el tema de la violencia sexual en la guerra, desde el tratamiento que los convenios y tratados de Derechos Humanos le han dado, pasando por los estatutos de los Tribunales Penales Internacionales de la antigua Yugoslavia y Ruanda, hasta llegar al Estatuto de Roma, que ha sido el instrumento jurídico internacional que más avances ha logrado sobre el tema.

1. Inclusión de la mujer en la agenda de los Derechos Humanos.

El sistema jurídico internacional, incluido en él el Derecho Internacional de los Derechos Humanos, por mucho tiempo había omitido tener en cuenta la gravedad del delito de violencia sexual, había ignorado las consecuencias trágicas que éste genera en las víctimas y la efectividad que tiene cuando se le usa como arma de guerra. Desde la regulación de los derechos humanos, el problema de las mujeres

y su específica victimización en la guerra, había sido relegado a un lado, con lo cual se mantenía un menosprecio y una invisibilización de esta tragedia que viven las mujeres en casi todos los conflictos armados.

Ya en la década de 1990 se comienza a dar un mayor reconocimiento a las tragedias de violencia sexual que estaban viviendo las mujeres en diversos conflictos armados desarrollados en esa época, lo cual ayudó para que, desde los convenios, tratados y conferencias de derechos humanos, se empezara a dar un giro en el tema.

1.1. *Tratados y convenios de derechos humanos*

El 20 de diciembre de 1993 fue adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. Se estableció que las mujeres en situaciones de conflicto armado son especialmente vulnerables, y se consideró, en su artículo 2, que la violencia contra las mujeres abarca los actos de abusos sexuales, la violencia física, psicológica y sexual, las mutilaciones, la trata de mujeres y la prostitución forzada, entre otras “prácticas tradicionales nocivas para la mujer”⁴⁹. En esta declaración se hace un llamado a la comunidad internacional y se hacen una serie de recomendaciones para que con ellas se evite la violencia y la discriminación hacia la mujer. La

⁴⁹Asamblea General de la ONU, Resolución **48/104**, *Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer*, 20 de diciembre de 1993, Literal a) del artículo 2.

falencia está en que no se estableció ningún mecanismo que obligue a los estados a su cumplimiento, ni tampoco una forma de sancionar en caso de incumplimiento.

Del 14 al 25 de junio de 1993, se llevó a cabo la Conferencia Mundial de Derechos Humanos, en donde se aprobaron la Declaración y el Programa de acción de Viena. En esta declaración se reconoce que los derechos humanos de las mujeres y las niñas hacen parte de los derechos humanos universales. En el punto 28 se reconoce cómo la violación sistemática de mujeres en situaciones de guerra debe ser tenida como violaciones masivas de los derechos humanos, y se reitera el llamamiento a la comunidad internacional para que se implementen acciones para poner fin a esas prácticas y castigar a los culpables. Además, en la Declaración de Viena se incluye la decisión de nombrar una “Relatora Especial de Naciones Unidas sobre la Violencia contra las Mujeres”, la cual tiene las funciones de buscar y recibir información, así como de recomendar medidas con el fin de eliminar la violencia contra las mujeres y sus causas.

Con motivo del conflicto armado en Bosnia Herzegovina, la Asamblea General de la ONU emitió la Resolución 48/103 del 20 de diciembre de 1993, titulada “Violación y abuso sexual de mujeres en la antigua Yugoslavia”, en la que se condena y se ordena finalizar con la práctica de violación y abuso de mujeres y niños. También se expresó una indignación por el uso de esta práctica como arma de guerra e instrumento de limpieza étnica, en particular por lo ocurrido contra las mujeres y niños musulmanes en la guerra de Bosnia Herzegovina.

Por su parte, en la Conferencia de Beijing, celebrada en el mes de septiembre de 1995, se reconoció cómo las guerras y conflictos armados son escenarios habituales de violaciones de derechos humanos en los que las mujeres son víctimas recurrentes de torturas, violaciones sistemáticas y de embarazos forzados en conflictos de genocidio. Se manifestó que las mujeres se encuentran en mayor riesgo que los hombres de ser víctimas de violencia sexual, y que además ellas enfrentan obstáculos por motivos de género a la hora de buscar reparación. Así mismo, identifica a las mujeres y al conflicto armado como una de las 12 áreas críticas de interés a ser tratadas por los Estados miembros, la comunidad internacional y la sociedad civil, incluidas las ONG. En ella también se resaltó la necesidad de construir una definición de “violencia contra la mujer” en la que se incluyeran los casos de violencia sexual como arma de guerra, y se solicita tomar acciones estratégicas en relación a los efectos del conflicto armado sobre las mujeres, que vayan desde la realización de investigaciones, de enjuiciar a los perpetradores, hasta las de brindar reparaciones totales a las víctimas.

En junio de 2006, se celebró en Bruselas el Simposio Internacional sobre la violencia sexual en situaciones de conflicto. En este simposio se reunieron representantes de algunos gobiernos, representantes de la Comisión Europea, de la sociedad civil y de las Naciones Unidas, con el propósito de fortalecer el compromiso común y de prevenir y dar respuesta a la violencia sexual en situaciones de conflicto y posteriores a conflicto. En este simposio se reconoció la

preocupación por el hecho de que la respuesta a la violencia sexual durante los conflictos no haya sido proporcional a la gravedad de este fenómeno, reconociéndose la urgencia de abordar con carácter prioritario este tema, en tanto cada vez con mayor fuerza se reconoce a estas conductas como atentados a los derechos humanos de mujeres y niñas. Finalmente se hace un llamado a la acción para que los gobiernos, las instituciones europeas, las Naciones Unidas y otras organizaciones de asistencia humanitaria, así como organizaciones de la sociedad civil, en países afectados por el conflicto, asignen prioridad a la cuestión de la violencia sexual contra las mujeres y las niñas.

1.2. Organizaciones Internacionales

Igualmente, también a partir de la década de 1990, diversas organizaciones internacionales le han hecho frente al tema de la violencia sexual en las guerras, reconociendo la ocurrencia del fenómeno, la gravedad del mismo, y asumiendo compromisos para enfrentarlo como una problemática propia de los conflictos armados.

1.2.1. Consejo de Seguridad de la ONU

El Consejo de Seguridad es una organización que hace parte de la estructura de las Naciones Unidas, y que está llamada a trabajar por el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional. En este sentido, las funciones del Consejo de Seguridad están estrechamente relacionadas con los conflictos armados, o las

amenazas de surgimiento de los mismos. Estas funciones incluyen, entre otras cosas, investigar toda controversia o situación que pueda crear fricción internacional; recomendar métodos de ajuste de tales controversias, o condiciones de arreglo; elaborar planes para el establecimiento de un sistema que reglamente los armamentos; determinar si existe una amenaza a la paz o un acto de agresión y recomendar qué medidas se deben adoptar; instar a los países miembros a que apliquen sanciones económicas y otras medidas que no entrañan el uso de la fuerza, con el fin de impedir o detener la agresión; emprender acción militar contra un agresor, etc.

El Consejo de Seguridad, es una organización que tiene como campo de acción los conflictos armados, las guerras y las agresiones internacionales. En esa medida, habría de advertirse que es un organismo que debe mantenerse al pendiente de todos los conflictos armados que se estén presentando, y por consiguiente, de todos los fenómenos y acciones que tomen forma de hostilidades en los mismos.

Precisamente, en la Resolución 1325 del año 2000, el Consejo de Seguridad de la ONU, se refiere por primera vez al tema de la violencia sexual en el ámbito de las guerras. Esta resolución fue emitida reafirmando lo dicho en otras resoluciones, en donde se hacía alusión al impacto que sufrían los niños y la población civil en los conflictos armados; recordando las declaraciones formuladas a la prensa por el Presidente del Consejo de Seguridad con motivo del Día de las Naciones Unidas

de los Derechos de la Mujer y la Paz Internacional (Día Internacional de la Mujer), y recordando también los compromisos enunciados en la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing .

En este documento se reconoce por vez primera por este organismo, el impacto desproporcionado que se genera a las mujeres y las niñas en los conflictos armados, por cuenta de la violencia sexual. De igual forma, en él se reafirma la necesidad de aplicar plenamente las disposiciones del DIH y las relativas a los Derechos Humanos que estén destinadas a proteger los derechos de las mujeres y las niñas durante los conflictos y después de ellos.

La resolución también se dedica a resaltar el fuerte impacto que la desproporcionada victimización de las mujeres, niñas y niños, tiene en el mantenimiento y consolidación de la paz; y afirma la importancia que se le debe dar a las mujeres en los procesos de paz, recomendando que en ellos se les de un papel activo.

1.2.2. Comité Internacional de la Cruz Roja

El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), es una organización internacional que tiene como cometido permanente cumplir con la misión de ayudar a las víctimas de conflictos armados y de violencia interna, sin discriminación del lugar donde estén. Es precisamente por ello, que el CICR y el DIH, compuesto por los

cuatro Convenios de Ginebra y los dos Protocolos Adicionales, están indisolublemente ligados, por cuanto el CICR se encarga de velar por su aplicación en los conflictos armados, a fin de garantizar un mayor nivel de protección para las personas que no participan en las hostilidades.

En el tema de las mujeres y de la violencia sexual que padecen en contextos de conflicto armado, el CICR intenta prevenir la comisión de esas infracciones haciendo gestiones ante los estados, o los grupos armados de oposición, para pedirles que cumplan las normas del DIH, y que respeten y protejan a las personas que no participan o que han dejado de participar en el conflicto armado.

Concretamente, el CICR realiza actividades de difusión del DIH, lo promueve y se remite a él cuando en el cumplimiento de su cometido aborda problemas específicos de violencia sexual. A través de las visitas a lugares de detención, de las actividades para proteger a los miembros de la población civil, de los programas de asistencia médica y de socorro, procura proteger y asistir a las víctimas de violencia sexual, y de otras hostilidades.

Así mismo, en la XXVII Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, llevada a cabo en el año 1999, el CICR manifestó su preocupación por la violencia sexual acaecida en los conflictos armados, y realizó la promesa de promover la difusión de las disposiciones del DIH relativas a las mujeres, y a la prohibición que existe de llevar a cabo actos de violencia sexual entre las partes y

contra la población civil. Además, en esta conferencia se comprometió a esforzarse para que todas las actividades que lleva a cabo el CICR sirvan para asistir y proteger adecuadamente a las mujeres víctimas de violencia sexual.

2. Los Tribunales Internacionales para la antigua Yugoslavia y Ruanda.

Estos tribunales fueron creados por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para juzgar a los responsables de los crímenes cometidos en los conflictos de Bosnia Herzegovina y de Ruanda. El Tribunal Penal para la antigua Yugoslavia fue instituido a través de la Resolución 827 del 25 de mayo de 1993, con el objetivo de juzgar las graves violaciones al DIH cometidas en el territorio de la antigua Yugoslavia, a partir del 1 de enero de 1991. Por su parte, el Tribunal Penal Internacional para Ruanda fue constituido también por el Consejo de Seguridad de la ONU, a través de la Resolución 955 del 8 de noviembre de 1994, para enjuiciar los crímenes de guerra y de lesa humanidad, cometidos en territorio del Estado de Ruanda y en territorios vecinos, entre el 1 de enero de 1994 y el 31 de diciembre de 1994. Al igual que los Tribunales de Nuremberg y de Tokio, los Tribunales Internacionales para la antigua Yugoslavia y para Ruanda también contaron cada uno con su propio estatuto, en los que se tipificaron los comportamientos punibles.

El conflicto de la ex Yugoslavia fue catalogado como un conflicto mixto (nacional e internacional), debido al involucramiento de actores extranjeros⁵⁰. Por su parte, el conflicto vivido en Ruanda fue clasificado como un conflicto netamente interno. Esta diferencia tiene una incidencia en la regulación aplicable a los conflictos, siendo así como el estatuto del Tribunal para la antigua Yugoslavia tiene como parámetro general lo establecido en los cuatro convenios de Ginebra y el Protocolo Adicional I, mientras que el estatuto del Tribunal Penal para Ruanda estuvo orientado por lo estipulado en el artículo 3 común a los cuatro Convenios de Ginebra, y por lo establecido en el Protocolo Adicional II, que es la normatividad aplicable a los conflictos armados no internacionales.

Por las tragedias de violencia sexual vividas en estos dos conflictos, en los que se evidenció más que nunca cómo ésta servía a los fines del genocidio cuando se le usaba como arma de guerra, se podría dar por sentado que por fin se iba a dar un avance definitivo en el tema de la violencia sexual en las guerras, que lograra subsanar en parte el grave vacío que al respecto permanecía en el DIH. Sin embargo, y pese al conocimiento que existió de la perpetración de violaciones masivas, de embarazos forzados, de esclavitud sexual y de otras conductas llevadas a cabo en estos dos conflictos, la violencia sexual no fue tratada por

⁵⁰ Otras opiniones establecen que hay razones válidas para afirmar que se trató de un conflicto que en su totalidad fue internacional: en primer lugar está el reconocimiento por parte de los Estados extranjeros de Eslovenia, Croacia y Bosnia Herzegovina; la admisión de estos Estados en las Naciones Unidas y los acuerdos concluidos entre las partes en conflicto bajo la coordinación del Comité Internacional de la Cruz Roja, el cual se encargó de la aplicación de los Convenios de Ginebra. THEODOR MERON, “War Crimes in Yugoslavia and the Development of International Law”, citado en: MJ. MOREYRA. Op., cit. p. 62.

ninguno de los estatutos de estos tribunales como un crimen de guerra, sino que fue otra su valoración. En el artículo 3 del estatuto del Tribunal Penal Internacional de Ruanda, se contempla a la violación como un crimen de lesa humanidad. De igual forma, el estatuto del Tribunal Penal Internacional de la antigua Yugoslavia, establece en su artículo 5 que las violaciones se entenderán como un crimen contra la humanidad.

2.1. Consecuencias de que la violencia sexual no haya sido considerada como crimen de guerra en los estatutos.

El primer efecto que se deriva de que las conductas de violencia sexual no hayan sido consideradas como un crimen de guerra, es la sensación que queda de que hubo de nuevo un trato discriminatorio por parte del derecho. Aún cuando es cierto que en los estatutos de los Tribunales Penales de Ruanda y de la antigua Yugoslavia se dio un avance positivo en el tema de la violencia sexual en contextos de guerra, al eliminarse las referencias a los atentados contra el honor y el pudor de la mujer, y considerársele como un crimen contra la humanidad, también es cierto que hizo falta más precisión a la hora de valorar las conductas, máxime cuando producto de la observación de estos conflictos se hicieron evidentes algunos factores que indefectiblemente llevarían a conducir a la valoración de la conducta de violencia sexual, como un crimen de guerra. La sistematización con la que fueron cometidos estos crímenes, el evidente propósito de utilizar esa violencia sexual como instrumento de terror, como arma de guerra, como estrategia para el genocidio, hace completamente descartable la hipótesis,

que desde siempre se ha sostenido como la justificación de la exclusión de este fenómeno del ámbito jurídico, de que la violencia sexual es un efecto accidental, y además inevitable, de los conflictos armados.

Como segundo efecto derivado del tratamiento de la violencia sexual como crimen contra la humanidad, y no como crimen de guerra, está la dificultad interpretativa y probatoria que ésta calificación genera. Para que la comisión de una violación sea considerada como un crimen de lesa humanidad, debe estar dirigida contra la población civil en general, pues que dicho acto se dirija contra un solo individuo no es suficiente para catalogarlo como de lesa humanidad. Además se requiere la prueba de una planeación sistemática, a diferencia de lo que ocurre con los crímenes de guerra, en donde un solo acto de violencia, en contra de un individuo o una colectividad, puede ser calificado como un crimen de guerra, sin que además se tenga que demostrar ninguna intencionalidad soportada por una estrategia o plan sistemático de persecución, o de exterminio racial, étnico o religioso.

Esta diferencia genera unas consecuencias prácticas que inciden en las garantías para las víctimas de violencia sexual en contextos de guerra, y en la efectiva responsabilización de los victimarios, pues la violencia sexual no siempre se ejerce con la motivación de lograr una “limpieza étnica” o de realizar una persecución racial o religiosa, sino que esta violencia sexual se puede dar en contextos diversos de conflictos armados, y con móviles diferentes, tal y como se

explicaba en el primer capítulo. La cuestión sería entonces que frente a violaciones y agresiones sexuales que se perpetren en un contexto de persecución y “limpieza étnica”, los Tribunales Penales Internacionales de Ruanda y de la antigua Yugoslavia tendrían la competencia para asumir el juzgamiento, además de que se entendería que son delitos imprescriptibles en tanto son crímenes contra la humanidad; mientras que las violaciones y agresiones sexuales que no se enmarcan en un conflicto motivado por la “limpieza étnica” o la persecución, y que no se generan por esta razón, no podrían ser juzgados como crímenes contra la humanidad por estos Tribunales Internacionales, sino que serían simples delitos comunes.

2.1.1. Interpretación Legal en la materia.

La crítica situación que se genera por la imposibilidad de que los Tribunales Penales Internacionales de la antigua Yugoslavia y de Ruanda juzguen actos de violencia sexual que no se encuadren en situaciones de persecución étnica o religiosa, ha propiciado que los fiscales encargados de formular las acusaciones realicen un mayor esfuerzo interpretativo para así impedir que las conductas de violencia sexual que no se hayan perpetrado como crímenes de lesa humanidad, queden impunes.

Tanto el estatuto del Tribunal Penal Internacional de la antigua Yugoslavia como el estatuto del Tribunal Penal Internacional de Ruanda, tipificaron los delitos de genocidio y de tortura. Ambos Tribunales tipificaron el delito de genocidio, de la

misma forma como fue definido en la Convención para la Sanción y Prevención del Delito de Genocidio, del año de 1948, que establecía en su artículo II lo siguiente: “Se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal:

- a) Matanza de miembros del grupo.
- b) Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo.
- c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial.
- d) Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo.
- e) Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo”⁵¹.

Como se explicaba en el anterior capítulo, las mujeres no están enumeradas en la Convención como uno de los grupos protegidos, sin embargo, es razonable entender que tomar como blanco a un grupo protegido, a través de ataques dirigidos a las mujeres, es suficiente para establecer el delito de genocidio. Efectivamente es eso lo que se ha intentado en algunas formulaciones de acusación, en las que los fiscales han presentado cargos contra personas acusadas de haber cometido actos de violencia sexual, argumentando que con esos actos lo que buscaban lograr era el exterminio de un grupo de la población⁵².

⁵¹ Convención para la Sanción y Prevención del Delito de Genocidio: Artículo II.

⁵² MJ. MOREYRA, Op., cit. p. 70.

Así mismo, en ambos estatutos también se tipificó el delito de tortura como un crimen de guerra o infracción grave, según los parámetros del DIH que cada estatuto siguió. A partir de la tipificación de este delito en los estatutos, muchos fiscales han tratado de argumentar que tal acto de violencia sexual constituye tortura, para así calificar a una violación o a cualquier otra conducta constitutiva de violencia sexual, como crimen de guerra.

2.1.2. Jurisprudencia sobre la violencia sexual.

Como evidencia de que las anteriores interpretaciones han tenido asidero en ambos tribunales, se hace una breve mención de los siguientes casos.

Caso Akayesu: Este caso concluyó con una condena por genocidio y crímenes de lesa humanidad, por la incitación que el acusado realizó para llevar a cabo actos de violencia sexual contra las mujeres tutsi en el conflicto de Ruanda.

Akayesu era el alcalde de un pueblo de Ruanda, y como tal estaba encargado de la policía y era el responsable de mantener el orden público, por lo que pudo haber evitado la tragedia que ayudó a forjar. En el juicio contra él se recopilaron numerosos testimonios por medio de los cuales se pudo establecer que la violencia sexual fue una parte fundamental e integral del genocidio en el conflicto de Ruanda. A través de esos testimonios se corroboró que Akayesu tenía conocimiento de la comisión de los actos de violencia sexual, que los promovía a

través de su presencia y palabras, y que incluso muchos de esos actos se perpetraron al interior de su oficina, con su consentimiento y aceptación.

La Sala de Primera Instancia reconoció a la violencia sexual como una parte integral del genocidio en Ruanda y encontró al acusado culpable de este delito, por crímenes que incluyeron la violencia sexual. Además la Sala reconoció a la violación y otras formas de violencia sexual como crímenes independientes que constituyen crímenes de lesa humanidad⁵³.

Caso Foca: Igualmente está el caso Foca, una población de Bosnia Herzegovina en la que tuvieron lugar escabrosos actos de violencia sexual. Los ataques a las mujeres de Foca fueron parte de una campaña de “limpieza étnica” emprendida por los serbobosnios, a fin de reducir la población no serbia de las regiones que estos reclamaban. Aparte del genocidio y de las masacres, que fueron los principales elementos de la campaña de limpieza étnica llevada a cabo en el conflicto de Bosnia Herzegovina, en las acciones realizadas en Foca también se llevaron a cabo operaciones de terrible deshumanización, en las cuales también tuvieron lugar violaciones y otros actos de violencia sexual. Como evidencia de ello están los datos demográficos que indican que la población de Foca antes de 1992 estaba conformada por 40.000 habitantes, divididos casi por igual en grupos conformados por musulmanes y serbios; un número que contrasta terriblemente

⁵³ *Ibid.* pp. 76-82.

con las cifras del año 2002, en las que se indicaban que la población de Foca era casi de la mitad, compuesta por 24.000 habitantes, y ya menos de 100 no serbios vivían dentro de sus fronteras⁵⁴.

En el proceso de Foca se juzgaba a Dragoljub Kunarac, comandante de una unidad especial del ejército serbobosnio, que fue acusado de quebrantar la responsabilidad de mando que tenía sobre los soldados que estaban bajo sus ordenes, al permitir que ellos perpetraran violaciones y otros actos de violencia sexual. Igualmente fue acusado de actos de violencia sexual que él mismo cometió contra varias mujeres. También fue acusado Radomiro Kovac, un subcomandante de la policía militar y también un líder paramilitar, a quien se le atribuían la violación y ataques sexuales de muchas mujeres musulmanas detenidas; y Zoran Vukovic, también un subcomandante de la policía y líder paramilitar, que violó y abusó sexualmente de mujeres y niñas que estuvieron detenidas en una escuela. Cada uno de ellos fue acusado de cometer crímenes de lesa humanidad; Kunarac fue acusado de cometer crímenes de violación, esclavitud, tortura y atentados contra la dignidad personal; Kovac fue acusado de violación, esclavitud y atentados contra la dignidad; y Vukovic fue acusado de tortura y violación. En la decisión del caso de Foca, las campañas de violación fueron definidas inequívocamente por el Tribunal como un crimen de lesa

⁵⁴ *Ibid.* p. 83.

humanidad. Además, en la decisión se advirtió que las violaciones llevadas a cabo en Foca constituían también crímenes de guerra⁵⁵.

Según estas estrategias hermenéuticas, que a su vez han propiciado decisiones jurisprudenciales que las avalan; las posibilidades para lograr el juzgamiento de los actos de violencia sexual cometidos en el contexto del conflicto de Ruanda y de Bosnia Herzegovina, son las siguientes: para calificar a una violación o agresión sexual como crimen de guerra, es necesario que el acto de violencia sexual se adecúe a la definición de “tortura”, que sí ha sido una conducta considerada por el DIH como una infracción grave, y por tanto como un crimen de guerra. También es posible juzgar a responsables de delitos de violencia sexual, argumentando que esos actos sirvieron a la comisión del delito específico de genocidio. Por otro lado, está la posibilidad de calificar a una violación o agresión sexual como crimen contra la humanidad, y para ello los actos de violencia sexual se deben enmarcar en un contexto de persecución étnica o religiosa; y si la conducta de violencia sexual no se enmarca en alguna de las situaciones anteriores, ésta no podrá ser entonces entendida como crimen de guerra en tanto tortura, como genocidio, o como crimen contra la humanidad, sino que se tendrá como un crimen común.

⁵⁵ *Ibid.* pp. 82-90.

2.2. Análisis de la violencia sexual sin una connotación sexual

Respecto de estos juzgamientos realizados por los Tribunales Penales Internacionales de Ruanda y de la antigua Yugoslavia, se ha elaborado otro análisis que puede explicar el cambio de perspectiva que se tuvo frente al tratamiento de los actos de violencia sexual perpetrados en contextos de conflictos armados.

Vimos cómo los Tribunales Penales de Ruanda y de la antigua Yugoslavia juzgaron actos de violencia sexual como crímenes contra la humanidad y como crímenes de guerra, y este cambio en la valoración se ha tratado de explicar demostrando que los tribunales eligieron no centrarse exclusivamente en la naturaleza sexual de los crímenes, sino que hicieron un análisis objetivo en el que se dieron cuenta que en los conflictos armados, concretamente en los de Ruanda y de Bosnia Herzegovina, la violencia sexual sirvió como forma de llevar a cabo el delito de tortura, el delito de genocidio, y otros crímenes de lesa humanidad, y no se llevaron a cabo como delitos netamente sexuales encaminados a una satisfacción. Al respecto Katherine M. Frankie explica que “de esta forma, (los) fiscal(es) ha(n) resistido a la tendencia de caracterizar el lado malo de estos actos violentos como predominantemente sexuales en su naturaleza, y más bien ha(n) demostrado cómo el sexo puede utilizarse como una herramienta al servicio de los crímenes de guerra basados en raza, etnicidad o religión”⁵⁶.

⁵⁶ KM. FRANKIE: “*Los usos del sexo*”, en Revista de Estudios Sociales, núm 28, Bogotá, 2007, p. 19.

Analizar los actos de violencia sexual como la forma de llevar a cabo la comisión de otros delitos, y evitar que sean procesados como delitos sexuales per se, implica la construcción de “una estructura jurídica que reconoce de inmediato la forma como opera el sexo en tanto “punto de transferencia especialmente denso en lo que se refiere a las relaciones de poder”⁵⁷, sin sobresexualizar la violación ni otras formas de violencia sexual”⁵⁸. Este análisis pretende mostrar cómo la violencia sexual no siempre sirve a deseos de satisfacción o a deseos eróticos, sino que muchas veces esta tiene “usos” diferentes, que sirven a las relaciones de poder, y en donde termina no habiendo alguna connotación sexual o de satisfacción.

A partir de este análisis es que se puede entender cómo la tortura y el delito de genocidio pueden llevarse a cabo a partir de conductas delictivas de violencia sexual. Tal y como se explicaba en el apartado anterior; referente a la tortura, la violencia sexual puede ser vista como un elemento de este delito, cuando con ella se generan dolor y sufrimientos severos a una persona. Referente al crimen de lesa humanidad, la violencia sexual puede ser entendida como tal, cuando tiene lugar a escala masiva o es un elemento de políticas planificadas. Y cuando la violencia sexual opera como parte de una campaña para destruir a un grupo

⁵⁷ MICHEL FOUCAULT, “The History of Sexuality”, citado en: KM. FRANKIE, Op, cit. p. 35

⁵⁸ KM. FRANKIE, Op, cit. p. 35.

nacional, étnico, racial o religioso, esta debe entonces ser juzgada como genocidio.

3. *El Estatuto de Roma y la Corte Penal Internacional.*

Hasta el momento de la constitución de la Corte Penal Internacional, sólo habían existido tribunales internacionales ad-hoc que servían para juzgar situaciones de crisis muy concretas y que tenían una jurisdicción reducida a un ámbito espacial y temporal limitado. La Corte Penal Internacional es un tribunal permanente regido por el Estatuto de Roma, que tiene jurisdicción sobre cualquier situación de crisis ocurrida en los estados parte del Estatuto, a partir el 1º de julio de 2002, y tiene competencia para juzgar la responsabilidad penal individual por violaciones de los derechos humanos, por la comisión de crímenes contra la humanidad, de crímenes de guerra, del delito de genocidio y de crímenes de agresión.

3.1. *Regulación del Estatuto de Roma en la materia*

El Estatuto de Roma califica a la violación, esclavitud sexual, prostitución forzada, embarazo forzado, esterilización forzada o cualquier otra forma de violencia sexual de gravedad comparable, como crímenes contra la humanidad⁵⁹, cuando estos

⁵⁹ Artículo 7 del Estatuto de Roma.

crímenes se cometan “como parte de un ataque generalizado o sistemático contra una población civil y con conocimiento de dicho ataque”⁶⁰.

El Estatuto también establece que serán constitutivas de crímenes de guerra las infracciones graves de los Convenios de Ginebra de 1949 y de los Protocolos Adicionales de 1977, y además también lo serán “otras violaciones graves de leyes y usos aplicables en los conflictos armados internacionales dentro del marco del derecho internacional”⁶¹. En esta categoría, el Estatuto añade 26 nuevas conductas graves, entre las que se incluyen “cometer actos de violación, esclavitud sexual, prostitución forzada, embarazo forzado, esterilización forzada y cualquier otra forma de violencia sexual que constituya violación de los Convenios de Ginebra”⁶². Fue así como el Estatuto de Roma contempló por primera vez a la violencia sexual como un crimen de guerra.

3.1.1. El delito de genocidio y su relación con la violencia sexual.

En el Estatuto de Roma el crimen de genocidio quedó definido de la misma forma que en la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio de 1948, pues en la comisión preparatoria, donde se intentó negociar la posibilidad de apartarse de la definición tradicional, y agregar así a las mujeres como un grupo protegido, entendieron que esta definición ya hacía parte del Derecho

⁶⁰ Numeral 1° del artículo 7 del Estatuto de Roma.

⁶¹ Literal b), del numeral 2° del artículo 8 del Estatuto de Roma.

⁶² Numeral XXII, del literal b), del numeral 2° del artículo 8 del Estatuto de Roma.

Internacional consuetudinario, por lo que debía ser respetada⁶³. Sin embargo, en la redacción de los Elementos de los Crímenes, un documento posterior y anexo al Estatuto de Roma, en el que se definen los elementos de cada crimen, se establece que el delito de genocidio puede incluir conductas de violencia sexual⁶⁴. Claramente, la violencia sexual podrá ser juzgada como genocidio, cuando exista el dolo específico de este delito, consistente en la intención de destruir total o parcialmente a un grupo racial, nacional, étnico o religioso.

3.1.2. Otros actos que hacen parte de la violencia sexual.

En el mencionado documento de los Elementos de los Crímenes, se hace una descripción de los elementos de cada uno de los delitos penalizados por el Estatuto, incluyendo los crímenes de violencia sexual.

En el **artículo 7.1.g.1** de este documento, se hace referencia al delito de violación y se expresa cuales son los elementos de este crimen: en primer lugar, que el autor haya invadido el cuerpo de una persona mediante una conducta que haya ocasionado la penetración, por insignificante que fuera, de cualquier parte del cuerpo de la víctima o del autor con un órgano sexual o del orificio anal o vaginal de la víctima con un objeto u otra parte del cuerpo. En segundo lugar, que la invasión haya tenido lugar por la fuerza, o mediante la amenaza de la fuerza, o mediante coacción, como la causada por el temor a la violencia, la intimidación, la

⁶³ MJ. MOREYRA, Op., cit. p. 103.

⁶⁴ Inciso 1º, del artículo 6b, del documento anexo de los Elementos de los Crímenes.

detención, la opresión psicológica, o el abuso de poder, contra esa u otra persona o aprovechando un entorno de coacción, o se haya realizado contra una persona incapaz de dar su libre consentimiento.

Referente a la esclavitud sexual, el **artículo 7.1.g.2** del documento de los Elementos de los Crímenes, establece cuales son los elementos de este delito, consagrando, en primer lugar, que el autor haya ejercido uno de los atributos del derecho de propiedad sobre una o más personas, como comprarlas, venderlas, prestarlas o darlas en trueque, o todos ellos, o les haya impuesto algún tipo similar de privación de libertad; y en segundo lugar, que el autor haya hecho que esa o esas personas realizaran uno o más actos de naturaleza sexual.

La prostitución forzada es definida en el **artículo 7.1.g.3** del documento anexo al Estatuto de Roma, como la conducta en la que el autor haya hecho que una o más personas realizaran uno o más actos de naturaleza sexual por la fuerza o mediante amenaza de la fuerza o mediante coacción, como la causada por el temor a la violencia, la intimidación, la detención, la opresión psicológica o el abuso de poder contra esa o esas personas u otra persona, o aprovechando un entorno de coacción o la incapacidad de esa o esas personas de dar su libre consentimiento. Así mismo se le suma a este delito el elemento pecuniario, consistente en que el autor u otra persona hayan obtenido, o hayan esperado obtener ventajas económicas o de otro tipo, a cambio de los actos de naturaleza sexual o en relación con ellos.

En el documento de los Elementos de los Crímenes también se establecen, en el **artículo 7.1.g.5**, los elementos del crimen de esterilización forzada. Se consagró, en primer lugar, que el autor haya privado a una o más personas de la capacidad de reproducción biológica, y en segundo lugar, que la conducta no haya tenido justificación en un tratamiento médico o clínico de la víctima o víctimas, ni se haya llevado a cabo con su libre consentimiento. Respecto de este crimen se establece además que quedan excluidas de la privación de la capacidad reproductiva las medidas de control de la natalidad que no tengan un efecto permanente, y que además, no se podrá entender por libre consentimiento, aquel que se obtiene a través del engaño.

El embarazo forzado también está dentro de las conductas definidas por el documento anexo al Estatuto de Roma, y respecto de ella se estableció en el **artículo 7.1.g.4**, los elementos que la constituyen: en primer lugar, que el autor haya confinado a una o más mujeres que hayan quedado embarazadas por la fuerza, con la intención de modificar la composición étnica de una población o de cometer otra infracción grave del Derecho Internacional. La inclusión de esta forma de violencia sexual en el articulado del Estatuto, tuvo su fundamento en lo sucedido en el conflicto de Bosnia Herzegovina, en el que las mujeres bosnias fueron violadas, embarazadas y forzadas a dar a luz a bebés serbios. Gracias a la documentación de estos hechos de violencia sexual ocurridos en Bosnia Herzegovina, fue que se desestimaron los argumentos de los estados que se

oponían a la incorporación del tipo de embarazo forzado, y que temían que a través de ella se legitimara el acceso al aborto⁶⁵. Igualmente, el Vaticano propuso restringir la definición⁶⁶ de embarazo forzado a aquellos actos cometidos con el propósito de lograr “limpieza étnica”, pero esta propuesta fue rechazada pues excluía otras hipótesis en las que este crimen podía configurarse, pues por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial, muchas mujeres judías quedaron embarazadas producto de las violaciones perpetradas contra ellas, con el fin de utilizarlas, a ellas y a los fetos, en experimentos médicos⁶⁷.

3.2. Los logros y las falencias del Estatuto de Roma respecto del tema de la violencia sexual

Vimos que por primera vez un estatuto normativo de orden internacional establece como crimen de guerra los múltiples actos de violencia sexual que se llevan a cabo en contextos de conflicto armado. Este reconocimiento fue el fruto de un recorrido largo realizado a través de los distintos instrumentos jurídicos de derechos humanos, que tras las evidencias de las tragedias de violencia sexual ocurridas a miles de mujeres a lo largo de la historia, especialmente de las evidencias recopiladas en los conflictos contemporáneos, fueron reconociendo

⁶⁵ MJ. MOREYRA, Op., cit. p. 106.

⁶⁶ Artículo 7.2 del Estatuto de Roma: “Por embarazo forzado se entenderá el confinamiento ilícito de una mujer a la que se ha dejado embarazada por la fuerza, con la intención de modificar la composición étnica de una población o de cometer otras violaciones graves del Derecho Internacional. En modo alguno se entenderá que esta definición afecta las normas del derecho interno relativas al embarazo”.

⁶⁷ MJ. MOREYRA, Op., cit. p. 106

desde el derecho, una realidad palpable, propia de las guerras, y de ninguna manera, accidental o contingente a ellas.

Pese a este evidente avance, y a la satisfacción que se genera por el reconocimiento y la importancia que por fin se le comienza a dar a estos hechos que habían permanecido impunes e invisibilizados, siguen existiendo algunos inconvenientes. El Estatuto de Roma no evita que la violación y las demás agresiones sexuales, entendidas como crímenes de guerra, sean objeto de interpretación.

Existe una discusión interpretativa del artículo en el que se considera como crimen de guerra a la violación y “cualquier otra forma de violencia sexual que también constituya una infracción grave de los Convenios de Ginebra”. Al respecto, se han planteado desde la doctrina dos posibles interpretaciones: la primera es la de considerar que cualquier forma de violencia de género en un contexto de conflicto armado puede ser considerada como crimen de guerra; la segunda, es aceptar que sólo podrán ser perseguidas como crímenes de guerra, las conductas que entren dentro de la definición ofrecida por los Convenios de Ginebra como violaciones graves, es decir, solo aquellas agresiones sexuales que según el caso puedan ser consideradas como tortura⁶⁸.

⁶⁸E. SUÁREZ, Op., cit. p. 16.

Es claro que el problema interpretativo no se genera porque el Estatuto de Roma tipifique los actos de violencia sexual como los dos tipos de crímenes (crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad), sino que el problema está en que el Estatuto de Roma los contemple como crímenes de guerra, mientras que el DIH no. Esta divergencia en el tratamiento reitera la necesidad que existe de revisar la redacción de los Convenios de Ginebra, en tanto son ellos, y no el Estatuto de Roma, los que conforman los fundamentos principales del DIH, y porque además el Estatuto sigue haciendo remisión a ellos, reforzando así la idea de la importancia de los Convenios a la hora de regular las conductas de la guerra.

Igualmente, esta ambigüedad en la interpretación no evita que se recurra, como en los Tribunales Penales Internacionales de Ruanda y la ex Yugoslavia, a planteamientos jurídicos que estimulen decisiones jurisprudenciales favorables a las víctimas de violencia sexual, que hayan padecido una situación que no se adecúe a los elementos de la tortura y del crimen de lesa humanidad. Sin embargo, no se puede ignorar la inseguridad jurídica que se puede generar por el tratamiento tan diferente que el fenómeno de la violencia sexual en las guerras recibe de los distintos instrumentos normativos internacionales. Esa discordancia en la comprensión y clasificación de la violencia sexual por parte de los Convenios de Ginebra y del Estatuto de Roma, terminan propiciando que se presenten casos oscuros a los que no alcanza a “llegar” la regulación del Estatuto de Roma, por ejemplo, casos de violencia sexual que no se ajustan a una hipótesis de tortura o de persecución sistemática basada en raza, etnia o religión, y que por tanto no

gozarían de prerrogativas como la jurisdicción universal⁶⁹ y la imprescriptibilidad del delito, lo que implica la diferenciación injustificada en el tratamiento que desde el derecho, reciben las víctimas de violencia sexual en contextos de guerra.

Es evidente que el tema de la violencia sexual, aunque pareciera quedar esclarecido con las estipulaciones que al respecto hizo el Estatuto de Roma, no será un tema pacífico mientras que los Convenios de Ginebra, pilares del DIH, no renuncien a referirse a la violencia sexual como un atentado al pudor y al honor de las mujeres, y se emprendan a realizar una regulación del tema, que tenga en cuenta la gravedad del delito, las terribles consecuencias que su comisión causa en las víctimas⁷⁰, y el hecho de que no es un delito ajeno a las guerras y a su dinámica, sobretudo a las guerras contemporáneas. Por más que el Estatuto de Roma haya subsanado el vacío injustificado que a lo largo de la historia había tenido el tema de la violencia sexual en las guerras, no se puede olvidar que este es sólo una norma de todo un entramado jurídico del sistema de Derecho Penal

⁶⁹ Posibilidad de que un individuo responda penalmente frente a la comunidad internacional, por una conducta tipificada desde el Derecho Internacional como punible, pese a que en el Estado del que el individuo es ciudadano, esa conducta no esté prohibida por el Derecho Penal.

⁷⁰ Como consecuencias físicas está, en primer lugar, el riesgo de contagio de enfermedades venéreas entre ellas, el SIDA. Igualmente la violencia y la brutalidad con las que se agrede sexualmente a las mujeres genera heridas graves, lesiones permanentes, fístulas que dejan secuelas de por vida, como por ejemplo la incontinencia urinaria, y en general, diversos problemas ginecológicos irreversibles. Las niñas sufren heridas particularmente graves debido a que su aparato reproductor no está del todo desarrollado. Así mismo, de las violaciones resultan embarazos no deseados, de los cuales se derivan no solo secuelas físicas, sino también consecuencias psicológicas al verse forzadas a traer un hijo al mundo, que no fue deseado, que fue producto de una experiencia trágica, y por el cual seguramente van a sufrir el rechazo de sus familias. Como consecuencias psicológicas más frecuentes, están la autoestima reducida, la inseguridad, las fantasías como forma de evasión, la falta de orientación en el entorno, insomnio y pesadillas, ansiedad y depresión, mala concentración, estrés post traumático, cambios de personalidad, entre otros.

Internacional y del DIH, que tiene aplicación limitada a un tribunal que tiene jurisdicción solo en los países que ratificaron el Estatuto, y que entre ellos no se encuentran países como Estados Unidos, China, Corea, India, Israel, Irak, entre otros.

El tratamiento tan diverso que se da frente a las conductas de violencia sexual, y que se pudiera evitar con el reconocimiento de que la violencia sexual en los conflictos es un crimen de guerra, repercute directamente en las víctimas, que tendrán que padecer un trato y un resultado diferenciado, a pesar de haber padecido la misma tragedia.

CONCLUSIONES

Tras el desarrollo temático que ha tenido lugar en el presente trabajo, resultan de la lectura del material bibliográfico, de la esquematización del tema, y del análisis pertinente que se realizó en cada apartado, unas conclusiones que en la medida de lo posible pretenden dar respuesta a las cuestiones inicialmente planteadas.

Para dar un tratamiento inicial al tema de la violencia sexual en las guerras, resultó de vital importancia remitirnos a unas causas originales que explicaran el porqué se desencadenan los actos de violencia hacia las mujeres. De allí podemos concluir que la violencia en general, y en particular la violencia sexual, se dan como una forma de manifestación de la discriminación que siempre se ha ejercido en contra de las mujeres. Debido a los esquemas que las sociedades machistas y patriarcales han fijado, que exaltan la dominación del hombre hacia la mujer dócil, la superioridad del hombre sobre la mujer inferior, la fortaleza del hombre sobre la debilidad de la mujer, la independencia del hombre en contraposición a la dependencia y sumisión de la mujer, etc., es que se ha permitido un trato diferenciado del hombre y de la mujer, que termina condonando, incluso, que sobre ella se ejerza la violencia, en virtud de su inferioridad. Este trato diferenciado, y la violencia que resulta del mismo, no es un fenómeno ausente en las guerras, pues en ellas esa discriminación toma la forma de violencia sexual.

Evidentemente, a lo largo de la historia se hizo presente la violencia sexual como una forma de hostilidad. En este trabajo se intentó mostrar esa evidencia a partir de una breve reseña histórica que abarcaba conflictos armados ocurridos desde la segunda guerra mundial. A partir de la muestra de esos hechos históricos, y de cifras escandalosas que ilustraban el número aproximado de mujeres abusadas y violadas en cada conflicto armado, se puede concluir que los actos de violencia sexual son constantes en los conflictos armados, por lo menos en los contemporáneos, y que estos no son nunca ajenos a las guerras, en tanto se propician de acuerdo a los propósitos a los que puedan servir, según cada conflicto. Tenemos así como, en las guerras donde no tenga lugar la violencia sexual como arma de guerra, como táctica o estrategia de avance o de generación de terror, o como forma de crear redes de inteligencia militar, ésta aparece como conducta de soldados indisciplinados que quieren saciar sus deseos de satisfacción sexual, o que ven en las mujeres un botín de guerra, o que simplemente aprovechan el obtener placer de los cuerpos de las mujeres que serán sacrificadas.

De igual forma, el análisis de todos estos diversos propósitos a los que sirve la violencia sexual en las guerras, nos ha llevado a concluir que el bien jurídico que se afecta por estos hechos no es solo el de la libertad sexual, como se entiende en tiempo de paz, sino que trasciende al de la dignidad humana. Esta conclusión tiene su fundamento en los preceptos del principio de la dignidad humana, que proclaman que todos los seres humanos son fines en si mismos, y por tal, nunca,

con ningún propósito, pueden ser utilizados como medios. El prevalerse de los cuerpos de las mujeres para generar terror en la población, para amedrentar al enemigo, para lograr propósitos genocidas, es concebirlas y usarlos como instrumentos, como medios para lograr fines específicos.

A partir de esta conclusión, se quiere afirmar con vehemencia que la violencia sexual en los conflictos armados no tiene una única manifestación, ni se lleva a cabo con un único propósito. No es cierta entonces la afirmación de que la violencia sexual se presenta en la guerra tal cual como se presenta en tiempo de paz, es decir, solo por deseos de satisfacción sexual, en ese caso, de los combatientes. Dentro de un conflicto armado la violencia sexual sirve a múltiples propósitos: Es usada como arma de guerra para la aniquilación de un grupo nacional, racial, étnico o religioso; es utilizada como un instrumento para generar terror en la población y propiciar así el desplazamiento masivo, y el avance territorial; también se emplea la violencia sexual como forma de disciplinar a las mujeres cuando un bando del conflicto ha tomado posesión del territorio; y finalmente, con los fines de satisfacción sexual. Igualmente, la violencia sexual se manifiesta en las guerras a través de una variedad de actos: a través de la violación, de la prostitución forzada, de la mutilación de los órganos sexuales, de la esclavitud forzada, de embarazos y abortos forzados, y de la esterilización forzada.

Todas estas variantes del fenómeno, y los hechos y las cifras que mostraban de sobra la ocurrencia de actos de violencia sexual en los conflictos armados, fueron ignorados por el sistema jurídico internacional durante mucho tiempo. Desde la observancia de los estatutos de los Tribunales de Nuremberg y Tokio, pasando por el mismo DIH, hasta llegar a los tratados y convenios de derechos humanos, se puede concluir que hubo una grave omisión en el reconocimiento y la consideración de este fenómeno.

Al respecto, una de las cuestiones importantes a tratar es el porqué de esa omisión. La conclusión es que los esquemas de dominación masculina, que han sido la fuente de la discriminación hacia la mujer en todos los ámbitos, se extienden también al jurídico, determinando sus contenidos y los temas meritorios de su tratamiento. Específicamente, se ha precisado que son las experiencias y las realidades de los hombres las tenidas en cuenta para la construcción del derecho, afirmación que está soportada por la primacía que las corrientes realistas han tenido en la teoría de las relaciones internacionales, las cuales extienden al ámbito jurídico internacional el esquema de dominación y de los roles de subordinación tradicionalmente otorgados a las mujeres, lo que efectivamente, las ha hecho invisibles en el espacio del derecho internacional.

El tema de la violencia sexual perpetrada contra las mujeres y las niñas en contextos de guerra, resultó ignorado casi por completo por el sistema jurídico internacional, determinando de esa forma la invisibilización de las mujeres y de

este tema. La máxima alusión hecha desde el derecho a este fenómeno, fue realizada por el DIH, cuando lo contempló como una afrenta al honor y al pudor de las mujeres que lo padecían. Esta consideración ha merecido un reproche, en tanto con ella se reproducen las concepciones de dominación masculina hacia las mujeres. Evidentemente, si se va más allá de la afirmación, se puede entender que la idea del “deshonor” sufrido por las mujeres debido a una violación o abuso sexual, está ligada a la idea de dominación masculina y de sumisión femenina. Ese honor arrebatado a la mujer violada es una especie de valía que los hombres y la misma cultura patriarcal le han otorgado a las mujeres; y ellas, en virtud de ese honor y esa valía, se deben mantener pudorosas, bajo la dependencia y sumisión masculina. De esa forma, cuando la mujer es ultrajada en su sexo, los hombres sienten perdido ese honor de la mujer, e incluso son ellos mismos los deshonrados por no haber cumplido con su rol de protector; de ahí que la repudien y la desprecien, pues bajo la concepción cultural de inferioridad de la mujer, de su docilidad y sumisión, ella, al haber sido violada, ya no cumple con esas cualidades.

Estas alusiones al honor y al pudor de la mujer fueron quedando atrás en las consideraciones jurídicas, cuando a partir de la década de 1990, el tema de la mujer y de su especial afectación en la guerra, se comenzó a incluir en los tratados y convenios de derechos humanos, en otros instrumentos jurídicos como la resolución 1325 del Consejo de Seguridad de la ONU, en los programas y

planes de acción del CICR, en los estatutos de los Tribunales Penales Internacionales de Ruanda y de la antigua Yugoslavia, y en el Estatuto de Roma.

Aunque en un primer momento fueron tímidos los avances logrados en el tema, a medida que ha pasado el tiempo, y que se han dado a conocer escabrosos hechos de violencia sexual ocurridos en los conflictos armados contemporáneos, el activismo por este tema ha aumentado, y la conciencia humanitaria respecto del mismo también.

En los convenios y tratados de derechos humanos se comenzó a mostrar un interés cada vez mayor por el problema de la violencia sexual que padecen las mujeres en la guerra, por su reconocimiento, y por buscar alternativas y formas de solución. En los estatutos de los Tribunales de Ruanda y de la antigua Yugoslavia, no se hizo mención del pudor y el honor de la mujer como bienes afectados, sino que los actos de violencia sexual fueron contemplados como crímenes de lesa humanidad. Aunque la denominación de la violencia sexual como crímenes contra la humanidad y no como crímenes de guerra reduce de forma ostensible los posibles casos de violencia sexual que pueden ser juzgados por estos tribunales, las estrategias interpretativas de los fiscales, y la recepción de los magistrados frente a las mismas, han resultado en sentencias mucho más progresistas frente al tema, en las que se condenan actos de violencia sexual como crímenes de guerra y genocidio.

Estos avances en el tratamiento jurídico del fenómeno de la violencia sexual, muestran evidentemente que ha existido un cambio de perspectiva y de enfoque al analizarlo. Se hacía referencia en el tercer capítulo, a un análisis que al respecto se ha llevado a cabo, en el que se explica cómo el observar a las conductas de violencia sexual, no como delitos de satisfacción o de lujuria, sino como el *modus operandi* de otros delitos, como conductas que tienen otros “usos” y que sirven a las relaciones de poder, permite que los juzgadores de estas conductas entiendan que pueden servir a los fines del genocidio, y que pueden ser crímenes de guerra.

Al respecto, se quiere hacer una reflexión pertinente, con la que se pretende hacer énfasis en la igualdad de trato que las víctimas de violencia sexual deben recibir. Aunque el análisis al que se hacía referencia resulta absolutamente válido a la hora de hablar de la violencia sexual utilizada como arma de guerra, tal vez resulta no ser muy aplicable a otras hipótesis de violencia sexual. Este análisis que justifica el juzgamiento de la violencia sexual como crimen de guerra y genocidio, a partir de la abstracción de su connotación erótica y lujuriosa, no es tan “justa” con las hipótesis de violencia sexual que se llevan a cabo con estos fines de satisfacción, o con objetivos distintos al logro del exterminio o el aniquilamiento étnico, religioso o racial. Cuando la observación se circunscribe a conflictos que no tienen su raíz en disputas religiosas o étnicas, se puede apreciar cómo la violencia sexual también se presenta como una de las hostilidades de la guerra, y no con el fin del exterminio o de servir a un genocidio sistemáticamente planeado, pero si con el propósito de complacer deseos sexuales de combatientes indisciplinados, o

muchas veces también, ya no sirviendo de *modus operandi* para la consecución de la aniquilación de un grupo, pero sí para la generación del terror y el amedrentamiento, y para forzar desplazamientos cuando se quiere lograr avances territoriales, más no la destrucción de la población. Vale decir que cuando la violencia sexual en el contexto de la guerra es motivada por estos propósitos, también debe ser contemplada por el DIH, y por el sistema jurídico internacional en general, como un delito de guerra. No se puede hacer un tratamiento discriminatorio de las causas que generan la violencia sexual en los conflictos armados, en tanto ello perjudicaría directamente a las víctimas, que sin más consideraciones deben ser tenidas como víctimas de la guerra, en tanto su padecimiento se originó por esta, sean cuales sean las circunstancias. El caso de un soldado que con presunciones de omnipotencia y grandeza, generadas por la misma guerra, se apropia del derecho de violar a una mujer por simple deseo de satisfacer sus necesidades sexuales, debe ser considerado tan crimen de guerra, como el caso de la violación sistemática de mujeres para servir a los fines del genocidio; pues en ambos casos fue la misma dinámica del conflicto armado la que propició el desencadenamiento de esa violencia sexual, pese a que esta se haya presentado por motivos tan divergentes.

Evidentemente, estas distinciones no se hicieron al establecer la normatividad que iría contenida en el Estatuto de Roma. Este instrumento jurídico dio un gran paso, al estipular a las conductas de violencia sexual como crímenes de guerra. Al respecto habrá de reconocerse que persisten problemas interpretativos, derivados

de la referencia que el articulado del estatuto hace a los Convenios de Ginebra, y de la divergencia en el tratamiento que el DIH le otorga a este fenómeno, en contraposición al tratamiento del estatuto. Pese a que es cierto que se debe reconocer el avance que se ha logrado en el tema, y que también han existido fiscales comprometidos que han elaborado estrategias interpretativas para evitar la impunidad de los perpetradores de estos actos; también habrá de advertirse que esos problemas interpretativos propician una inseguridad jurídica en el tema de la violencia sexual perpetrada en los conflictos, la cual redundará en desventajas para las víctimas, que recibirán un tratamiento diferenciado por parte del derecho, dependiendo de la forma en la que hayan padecido una misma tragedia.

Esta divergencia en el tratamiento, y la inseguridad jurídica que genera, puede ser evitada si el DIH reconsidera la forma en la que ha sido tratada la violencia sexual en las guerras, si renuncia a considerarla como un simple atentado al honor y al pudor de las mujeres, y la estima como lo que ha sido a lo largo de los conflictos armados desatados en el mundo, como un crimen de guerra. Lograr que el DIH cambie la concepción que tiene de la violencia sexual, sería darles por fin un reconocimiento a las víctimas de este flagelo. Un trato uniforme del derecho internacional en general, comprendiendo en él el derecho de los derechos humanos, el DIH y el derecho penal internacional, beneficiaría a las víctimas, pues eliminaría toda posibilidad de inseguridad jurídica en este tema concreto, y posibilitaría el trato igualitario que deben recibir las mujeres afectadas, al poder ser estas consideradas como víctimas de guerra, lo que a su vez, las habilitaría para

ser merecedoras de los beneficios jurídicos y administrativos que como tales deben recibir.

BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, FATUMA, “Las mujeres africanas en los conflictos armados: ¿víctimas, perpetradoras o constructoras de paz?”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.
- AMORÓS, CELIA, “Ética y feminismo” en: GUARIGLIA, OSVALDO “ed”; *Cuestiones Morales*, Madrid, Trotta, 1996.
- ALARCÓN TINA, “El origen ideológico y cultural de la violencia de género”, en *Revista Papeles*, núm. 73, Madrid, 2001
- AMNISTÍA INTERNACIONAL, “Ni abuso de poder, ni impunidad”, Sitio web *Colectivo de Abogados*, [en línea], 27 de marzo de 2007, disponible en <http://www.colectivodeabogados.org/NI-ABUSO-DE-PODER-NI-IMPUNIDAD>, Consulta: 1º de septiembre de 2009.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL, “Vidas Rotas. Crímenes contra mujeres en situaciones de conflicto. No más violencia contra las mujeres”, Sitio Web *Amnistía Internacional* [en línea], 8 de diciembre de 2004, disponible en <http://www.amnesty.org/es/library/info/ACT77/075/2004>, Consulta: Septiembre 15 de 2009
- BOBBIO, NORBERTO, *El problema de la guerra y las vías de la paz* (1979), trad. de Jorge Binaghi, Barcelona, Gedisa, 1981.
- BUSTOS RAMÍREZ, JUAN: “Manual de Derecho Penal. Parte Especial”, 2ª ed., Barcelona, Ariel, 1991.

- CANTERLA, CINTA, “Mujer y derechos humanos: Universalismo y violencia simbólica de género” en RAMOS, MARÍA DOLORES Y VERA, MARÍA TERESA “coord.”, *Discursos, realidades, utopías: la construcción del sujeto femenino en los siglos XIX-XX*, Barcelona, Anthropos, 2002.
- DE PRADA, JOSÉ RICARDO, “Violencia sexual contra las mujeres en la guerra de Bosnia y Herzegovina”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.
- FRANKIE, KATHERINE M, “Los usos del sexo”, en *Revista Estudios Sociales*, núm. 28, trad. de Julia Salazar Holguín, Bogotá, 2007.
- GÜELL PERIS, SONIA, *Conflictos armados internos y aplicabilidad del Derecho Internacional Humanitario*, Madrid, Dykinson, 2005.
- HUMAN RIGHT WATCH: *Soldiers who rape, commanders who condone*, Sitio Web Human Right Watch [en línea], 16 de Julio de 2009, disponible en <http://www.hrw.org/node/84369>, Consulta: Agosto 3 de 2009).
- OXFAM INTERNACIONAL: *La violencia sexual en colombia. Un arma de guerra*, Sitio web Oxfam, [en línea], septiembre de 2009, disponible en <http://www.oxfam.org/es/policy/violencia-sexual-colombia>, Consultado: Septiembre 15 de 2009.
- MACKINNON, CATHARINE A, “Crímenes de guerra, crímenes de paz” en: SHUTE, STEPHEN Y HURLEY, SUSAN “ed”: *De los derechos humanos* (1993), 1ª ed., trad. de Hernando Valencia Villa, Madrid, Trotta, 1998.
- MANGAS MARTÍN, ARACELI, *Conflictos armados internos y derecho internacional humanitario*, Salamanca, Universidad Salamanca, 1992.

MARTÍNEZ, MÓNICA, “Instrumentos y Legislación Internacional sobre la situación de las mujeres en los conflictos armados”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.

MATALA KABANGU, TSHIMPANGA, “Mujer, conflictos y subdesarrollo en África”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.

MEHMEDBASIC BRAVO, ALMA: “Consecuencias físicas y psicológicas en víctimas de violación durante conflictos armados”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.

MOREYRA, MARÍA JULIA, *Conflictos armados y violencia sexual contra las mujeres*, Buenos Aires, Editores del Puerto, 2007.

MUNKLER, HERFRIED, *Viejas y nuevas guerras: Asimetría y privatización de la violencia* (2002), trad. de Carlos Martín Ramírez, España, Siglo XXI de España Editores, 2005.

NAGEL, THOMAS, *Ensayos sobre la vida humana* (1979), 2ª ed., trad. de Héctor Islas Azaís, México, Fondo de cultura económica, 2000.

RAMOS, MILA, “Cuando el cuerpo de las mujeres se convierte en campo de batalla”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.

SUÁREZ LEONARDO, EVA, “La violación como crimen de guerra en el Derecho Internacional Humanitario. La justicia olvidada”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.

UNICEF, “Poner fin a la violencia sexual en República Democrática de Congo”, pagina web Unicef, [en línea], disponible en

www.unicef.es/contenidos/946/index.htm?idtemplate=1, Consulta: 20 de octubre de 2009.

WALZER, MICHAEL: *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos* (1997), 3ª ed., trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Barcelona, Paidós, 2001.

ZVIZDIC, NUNA, “¿Qué fue de las mujeres violadas en Bosnia y Herzegovina durante la guerra?”, en *Tiempo de Paz*, núm. 84, Madrid, 2007.

NORMAS INTERNACIONALES

Asamblea General de la ONU, Resolución 217 A (III), *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, 10 de diciembre de 1948

Asamblea General de la ONU, Resolución 260, *Convención para la Prevención y Sanción del delito de Genocidio*, 9 de diciembre de 1948

Asamblea General de ONU, Resolución 2200 A (XXI), *Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos*, 16 de diciembre de 1966.

Asamblea General de la ONU, Resolución 3318 (XXIX), *Declaración sobre la Protección de las Mujeres y el Niño en estados de emergencia o conflicto armado*, 14 de diciembre de 1974.

Asamblea General de la ONU, Resolución 48/104, *Declaración sobre la eliminación de la violencia sobre la mujer*, 20 de diciembre de 1993.

Asamblea General de la ONU, Resolución 34/180, *Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer*, 18 de diciembre de 1979

Asamblea General del ONU, Resolución 39/46, *Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Crueles*, 10 de diciembre de 1984.

Asamblea General de la ONU, Resolución **48/104**, *Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer*, 20 de diciembre de 1993.

Asamblea General de la ONU, *Declaración y el Programa de acción de Viena*, 25 de junio 1993.

Asamblea General de la ONU, Resolución 48/103, *Violación y abuso sexual de mujeres en la antigua Yugoslavia*, 20 de diciembre de 1993.

Conferencia Diplomática de Plenipotenciarios de las Naciones Unidas, *Estatuto de Roma*, 17 de julio de 1998.

Conferencia de Plenipotenciarios convocada por el Consejo Económico y Social de la ONU, Resolución 608 (XXI), *Convención Suplementaria sobre la Abolición de la Esclavitud, trata de Esclavos e instituciones y prácticas análogas*, 30 de abril de 1956

Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, *Plan de acción de Beijing*, septiennre de 1995.

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Resolución 1325 del 31 de octubre de 2000*.

Convenio I de Ginebra, Para aliviar la suerte que corren los heridos y los enfermos de las fuerzas armadas en campaña, 12 de agosto de 1949.

Convenio II de Ginebra, Para aliviar la suerte que corren los heridos, los enfermos y los náufragos de las fuerzas armadas en el mar, 12 de agosto de 1949.

Convenio III de Ginebra, Relativo al trato debido a los prisioneros de guerra, 12 de agosto de 1949.

Convenio IV de Ginebra, Relativo a la protección debida a las personas civiles en tiempo de guerra, 12 de agosto de 1949.

Estatuto del Tribunal Penal Internacional de la antigua Yugoslavia

Estatuto del Tribunal Penal Internacional de Ruanda

Estatuto de Londres para el Tribunal Penal Internacional de Nuremberg, 8 de agosto de 1945.

Estatuto del Tribunal Penal Internacional de Tokio,

Protocolo adicional I a los Convenios de Ginebra, Relativo a la Protección de las Víctimas de los Conflictos Armados Internacionales, 8 de junio de 1977.

Protocolo Adicional II a los Convenios de Ginebra, Relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados sin carácter internacional, 8 de junio de 1977.

Simposio Internacional sobre la violencia sexual en situaciones de conflicto,
Informe, 21-23 de junio de 2006.

NORMAS NACIONALES

Colombia, Corte Constitucional, Auto 092 de 2008.